



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Span
5824
4.35

WIDENER



HN PHBC J

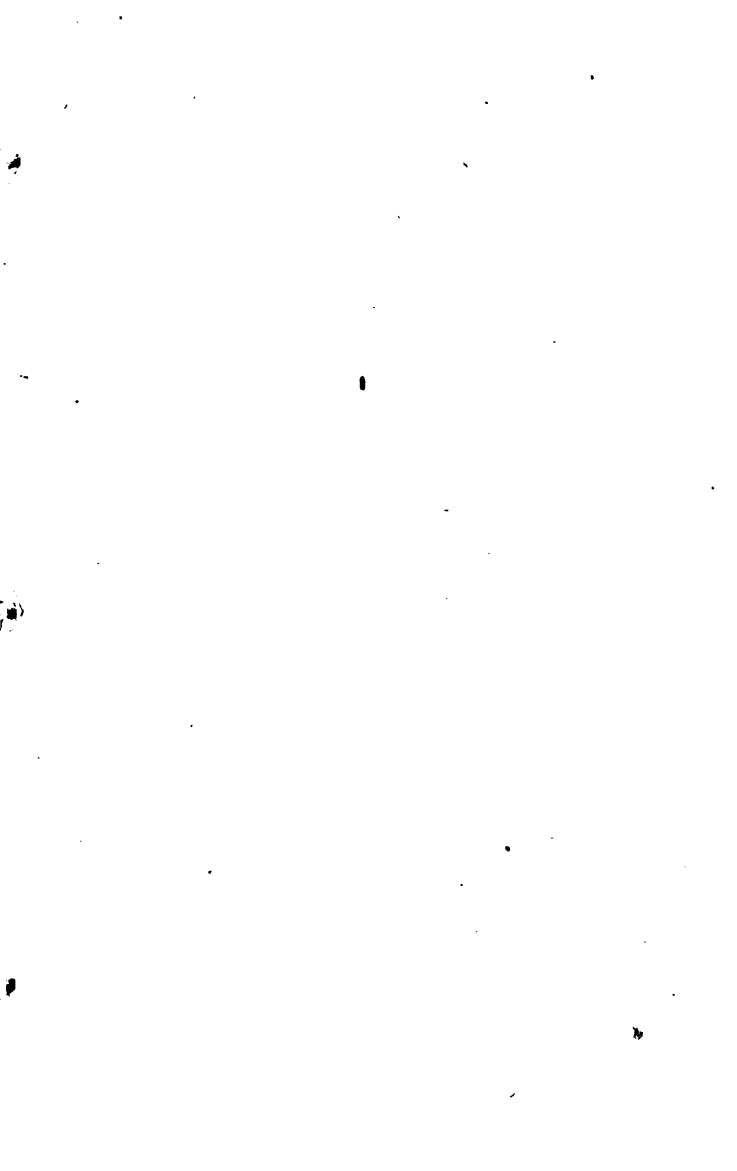
Meméndez Pidal - Alalá - 1890

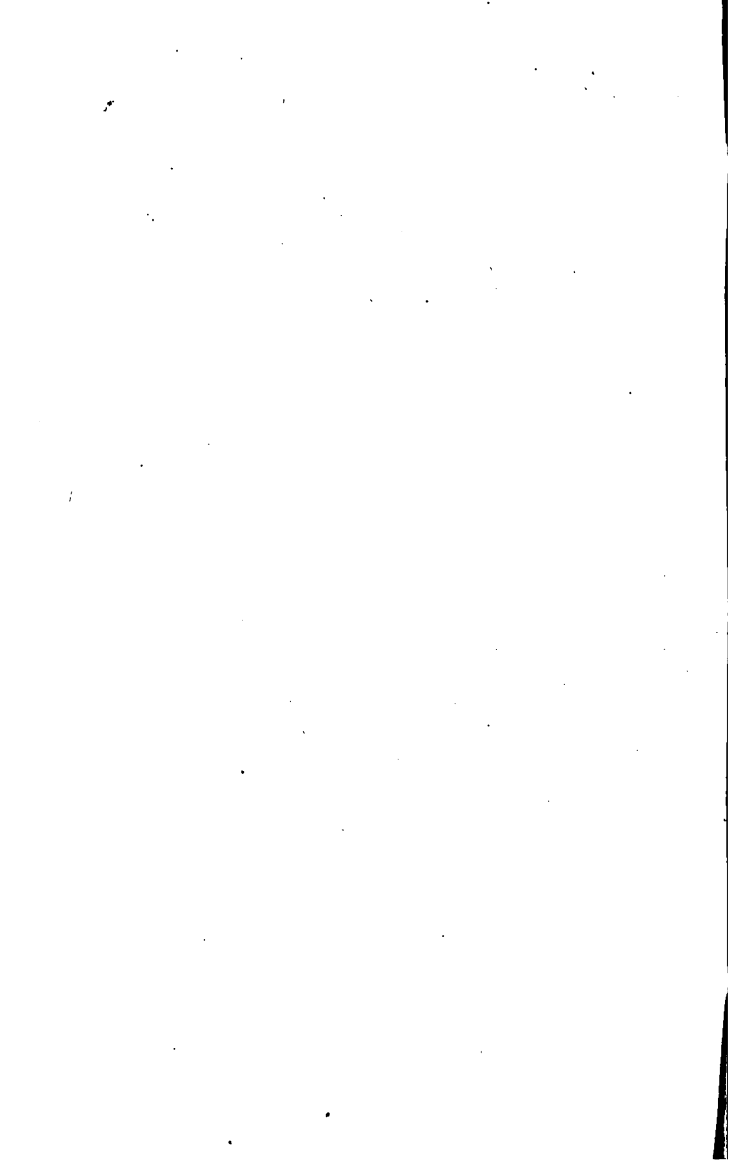
Span 5824.4.35

Harvard College
Library



FROM THE FUND OF
HARRIET J. G. DENNY
OF BOSTON





Cover

Juan Menéndez Pidal



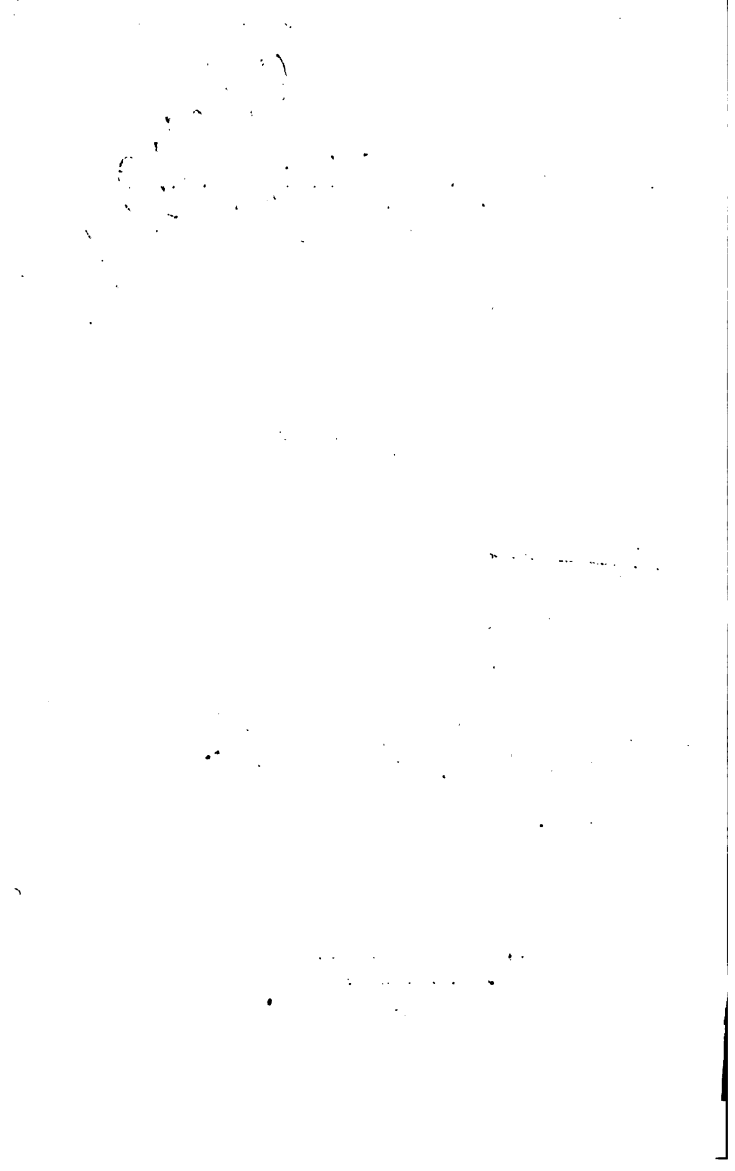
ALALÁ

MADRID

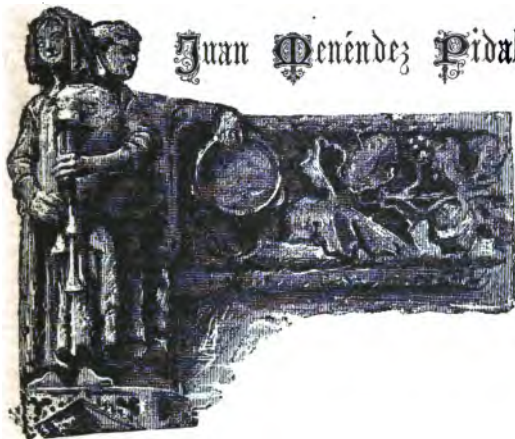
Imp. de los Hijos de J. A. García

Campomanes, núm. 6

1890



Juan Venénde; Pidal



ALALÁ

MADRID

Imp. de los Hijos de J. A. García

Campomanes, núm. 6

—
1890



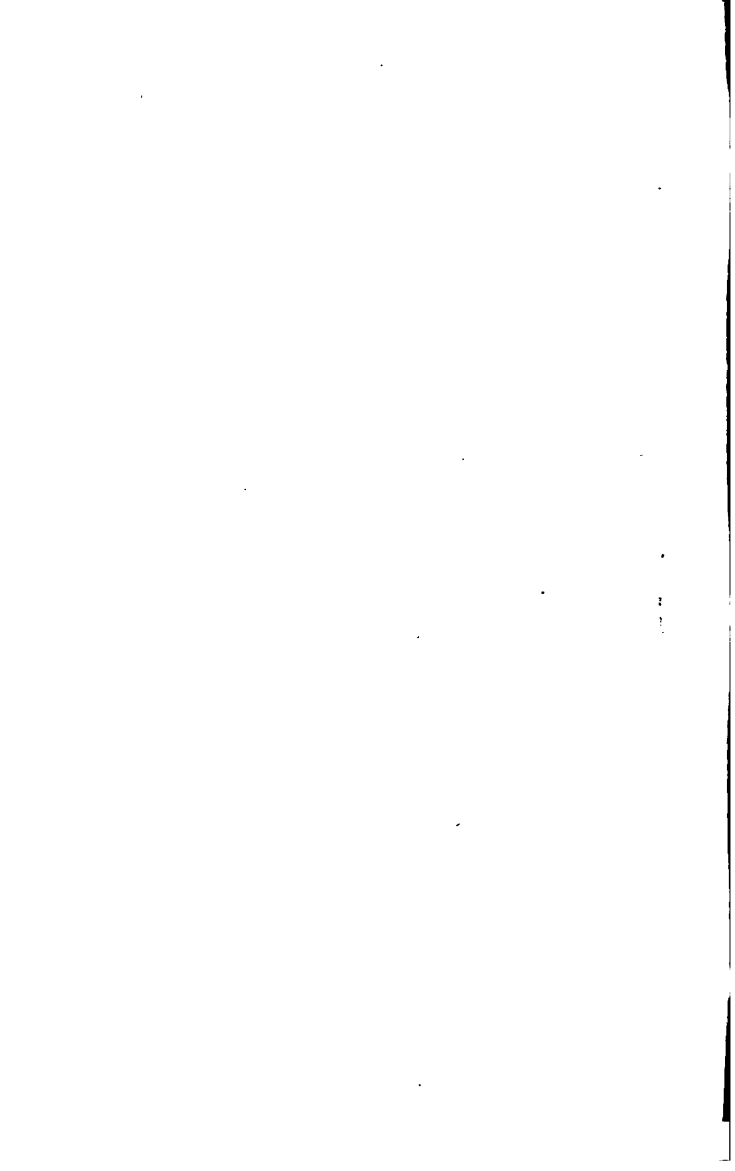
Denny Fund

Span 5824.4.35

✓

*A la Srta. Ana Cuenca-Romero
y Carrillo de Albornoz.*

El autor.



ALGO DE PROSA

A muchos parecerá extraño el título de este volumen, y no estará de sobra que yo diga el significado de esa palabra y por qué la he elegido para rotular la colección de algunos de mis versos, que hoy publico.

A-la-lá llaman en las montañas del Noroeste de España á una de las melodías más populares, bellísima y exuberante de sentimiento, como todas las de igual indole, ya sean usuales en las regiones del Septentrión ó en las del Mediodía; la cual tiene por letra, si así puede llamarse, esas ininteligibles sílabas que dan nombre peculiar al canto, repetidas en él indefinidamente, y que son quizá restos de algun idioma ya olvidado, como los que Humboldt sospechó conservaban fragmentariamente en sus charlas los papagayos y loros en América.

Algun filólogo se ha preocupado también con el vocablo *a-la-lá*, suponiendo unos que

es de origen hebreo, y otros presentando textos más ó menos congruentes para afirmar, en su consecuencia, que la palabra y aún el son del cantar, revelan ser orientales de pura raza y fueron importados por las colonias griegas, toda vez que en Grecia los entonaban las vírgenes en el templo y fuera de él con ocasión de algunas fiestas, ya para aplacar con las dulzuras del canto á los dioses, en loor suyo, ó para ahogar los quejidos de las víctimas en los sacrificios, y amenguar los tormentos de su muerte por la embriaguez que les había de producir la música.

Sea de ello lo que quiera, esa frase ha perdido su significación, si bien aún conserva su valor rítmico, de tal modo, que se presenta á nosotros como el lenguaje desvanecido hasta llegar á ser música, y en tal concepto es la forma de expresión más adecuada del sentimiento, indefinido por su misma naturaleza, como la palabra lo es del pensamiento determinado y concreto.

Y ese cantar es, sin duda, como una síntesis del sentimiento inefable de melancolía que emana del paisaje, y recoge el espíritu del hombre; de ese fondo universal de me-

lancolía que late en toda la creación después del pecado original, y que es como la nostalgia de lo ideal puro, y en el que se apoya el arte, aspiración constante á la belleza suma, para acercarse á ella.

Elegí también el título *A-la-lá* para mis versos porque es el nombre de un canto regional por excelencia, y regional es mi poesía, ó al menos eso me propuse que fuese.



Opino que la poesía regional, en el más amplio sentido de esta palabra, es la verdadera poesía.

El poeta es la personificación y el resumen del país y de la sociedad en que vive. El hombre, al sentir y al pensar, no puede sustraerse á la influencia de las costumbres, de la educación, de las ideas dominantes, y hasta de su temperamento y del mundo físico que le rodea. Cuando en sus obras es fiel intérprete de sí mismo, entonces, además de marcarlas con el sello más preciado, cual es la originalidad, el tono personal, el estilo, las engendra en condiciones de vida

con calor, movimiento, frescura y animación. Cuando, por el contrario, abdica de su personalidad en la del maestro y recibe las impresiones del mundo físico y del mundo moral por las observaciones, no suyas, sino ajenas, hará una estatua acaso con una corrección de líneas irreprochable, pero rígida, muda y fría como la piedra.

No es el poeta regional el poeta de la duda contrahecha, más hija de la ignorancia que del anhelo insaciable por saber; no es el trovador cortesano que espera de Francia el último figurín literario para amoldar á él las aceitosas producciones de su ingenio; ni es el cantor del riachuelo anónimo que siempre se desliza por entre guijas y césped, y de la lugareña abstracta que puede elegir á capricho el lector entre las que conoce, si conoce alguna; ni es el vate iluminado que todo lo espera de la *inspiración* y nada del estudio: es el poeta que estudia y medita, que en éxtasis felices arranca directamente á la naturaleza los secretos de su poesía; es la esfinge por la cual hablan las regiones distintas de la unidad patria, y lloran sus amarguras y pesares, rien sus alegrías, cantan sus gloriosos triunfos,

pregonan la majestad de sus montañas y de sus abismos, ó la placidez de sus vegas y llanuras, narran y descifran sus fantásticos sueños, y hacen sentir la ternura de esos idilios que se dibujan al amanecer, y se borran con el día en los valles más ignorados, al sembrar los trigos, el día de la fiesta del lugar, ó á la hora del oscurecer cuando las mozas van desde la alquería á la fuente con el cantarillo bajo el brazo.

*
* *

Como foco de luz que se extingue, fueron replegándose las regionales literaturas á la capital de España, obedeciendo á la general centralización, y perdiendo así sus frescos y variados matices tomaron uno pálido, descolorido y uniforme. La centralización literaria fué enervando día por día el carácter genuinamente nacional de nuestra literatura.

La poesía española fué sustituida por esotra cortesana, sin personalidad, débil y anémica en fuerza de cruzar su sangre viril con la extranjera; llegó á ser planta exótica en su misma patria, y hoy languidece en

estos climas; se hizo excéptica, y muere roída por esa duda que, después de todo, no sentía; muere de aprensión.

Nuestros poetas *cortesianos* presencian su entierro como D. Félix de Montemar en la leyenda de Espronceda.

Felizmente las literaturas regionales no se habían extinguido de raíz; habían dejado gérmenes que se mantuvieron exentos del influjo extraño: el tiempo los incubó, y florecen nuevamente.

Varios escritores provinciales, algunos aún hoy desconocidos, y otros de fama tan merecida como Pereda, el insigne novelista, y Verdaguer, el egregio poeta, surgen aquí y allá como porta-estandartes de un próximo renacimiento de la literatura en España: sus obras son los hitos que indican cuál senda debe seguir la restauración literaria.

Las filas de su ejército se refuerzan cada día con partidarios nuevos; y únicamente algún *crítico*, tan miope como de escasa talla, seguirá creyendo que las literaturas regionales son antiguallas infecundas.

Hoy se está realizando en España un fenómeno literario muy semejante al que en Alemania fué base de la literatura nacional.

Los estudios filológicos, etnográficos, mitológicos é históricos en general, descubrieron en sus escavaciones científicas los moldes de la vieja literatura, soterrada en el olvido. De las fuentes abiertas por la erudición manaron frescos raudales de poesía, donde calmaron su sed de belleza poetas como Goethe, Uhland, Hoffman, Rümer, Korner, Heine, etc., etc., los cuales continuaron la tradición literaria interrumpida.

Entre nosotros el romanticismo ocasionó también una reacción en favor de la antigua literatura castellana; pero reacción inconsciente y ciega, maleada por la influencia del gusto francés que inventó á placer suyo una historia lírica de la Edad media, falseando los hechos y forzándolos para que sirvieran de textos y argumentos á sus teorías filosóficas, políticas y sociales.

Ciertos estudios y aficiones vienen preparando de tiempo atrás los acontecimientos que ahora presenciamos; y la tendencia retrospectiva del romanticismo aparece de nuevo, pero reflexiva y bien cimentada,

depurada ya de aquellos vicios, después de perseverante estudio. El de la poesía popular contribuyó sobremanera á este fin. Durán, Bohl de Faber, Alcalá Galiano, Milá y Fontanals y otros muchos, vulgarizaron entre los poetas eruditos las canciones de la musa del pueblo, ofreciendo á su estudio coleccionada en el museo de un libro esa flora poética popular que crecía ignorada en los abrigaños de la sierra ó en lo más profundo de un valle.

Los dialectos y el lenguaje vulgar, ante el favor que alcanzaban sus hijos predilectos los cantares, sintiéronse rejuvenecidos y volvieron á engendrar; compitieron en la expresión gráfica de las ideas con el habla culta, protestando contra el convencionalismo del *lenguaje poético* por medio de la naturalidad, frescura y vigor de sus vocablos, que vencieron en buena lid á esa artificiosa aristocracia del lenguaje académico, manifestación de un mal que aparece en las literaturas decadentes, y que, según se insinúe en la idea ó en la expresión de ella, origina el conceptismo ó el gongorismo. Pues las Academias y los escritores de reconocida autoridad deben encauzar el idioma,

pero no deben pretender estancarlo, haciendo acaso infecundo el benéfico influjo del arte al aislarlo del común de las gentes valiéndose de fórmulas arcanas como las adoptadas por los sacerdotes egipcios. ¿Por qué leemos hoy, con mayor delectación que las obras de ningun otro escritor de su tiempo, la célebre elegía de Jorge Manrique? Porque en nada se parece á sus contemporáneos, apegados ciegamente á la sintaxis latina y aun á la forma etimológica de las palabras, cuando el lenguaje que el pueblo hablaba tenía ya personalidad marcadísima. Manrique usó el habla de las muchedumbres, se adelantó algunos siglos á la mayoría de los literatos que, por serlo, se creían obligados á no separarse de una tradición estéril, y por eso parece como si fuese coetáneo nuestro.

Vestidos con el ropaje de los dialectos lograron penetrar en el mundo de las letras tipos, costumbres y paisajes desterrados de él, ó desfigurados y desvanecidos si se les permitía alternar con los de alto rango, preferidos siempre por aquellos adamados escritores.

Con aquellos tipos vinieron sus cuentos,

patrañas y consejas deleitosas; y con aquellos paisajes reales y *del natural*, vinieron su flora y su fauna propias; con sus grutas, sus hadas y encantadas moras; y con su cielo azul del Mediodía ó ceñudo del Norte, sus silfos ó sus tempestarii.

*
* *

Cataluña no ha tenido la menor parte en esta dirección que tomaron las letras españolas. Manifestóse ya esa tendencia en el renacimiento de las catalanas, iniciado á principios de este siglo, con Carlos Aribau, Lopez Soler y Rubió y Ors.

El dialecto agonizaba, y sólo vivía literariamente en los romances conservados por el vulgo; en ellos tuvieron que estudiarlo los poetas de escuela, y en ellos libaron ese sabor popular que se gusta en sus producciones, aún en las de los escritores más eruditos como Rubió y Milá, quienes aportaron á la poesía dos elementos nuevos, la erudición y la crítica.

Las actuales tendencias del Folk-lore y del naturalismo, aparte de sus exageraciones, vienen á engrosar también esa otra

que fertiliza ya el campo de las letras; aparte de sus exageraciones he dicho, porque en manera alguna pueden ser beneficiosas á la causa del regionalismo ni la inconsciente manía del Folk-lore en hacinar toda clase de materiales, ni la apasionada reacción contra el idealismo de los más radicales naturalistas que al proclamar como canon fundamental de su escuela la imitación de la Naturaleza, pretenden un imposible en la obra de arte, y es que al inspirarse la mente del artista en la Naturaleza trasformando en ideas las impresiones que recibe en su comercio directo con ella, y al descender éstas al mundo de la realidad en la obra literaria, tomando carne en la palabra, no descendan bañadas sus alas con el polvillo ténue de la idealidad en que han vivido más ó menos tiempo, donde se han concretado en las operaciones de la gestación y de la cual han recibido el soplo vital que les da las condiciones del sér, purificándolas del pecado de origen para que puedan vivir en el paraíso del arte.

La poesía de gabinete es, pues, defectuosa, fría y amanerada; hay que sustituirla por la inspiración local y la observación di-

recta, y ante esa necesidad la poesía regional remanece.

Precursores de ella han sido Fernán Caballero, Becquer y Augusto Ferrán en Andalucía; Trueba, Iparraguirre y Vicente de Arana en las provincias vascas; Balaguer Verdaguer, Pelay Briz, Maspons, etc. en Cataluña; Evaristo Silió y Amós de Escalante en Santander, y Añon, Pondal y Rosalía de Castro en Galicia.

La juventud comienza á estudiar cuidadosamente esos modelos; y algunos poetas, á quienes seguramente aguarda nombre glorioso, como son Miguel Gutiérrez, Curreos Enríquez, Ricardo Gil, Manuel Paso, Salvador Rueda y otros, siguen esa hasta hoy escondida senda que les conducirá á las cumbres del Parnaso.

Más de una vez he aplaudido con entusiasmo sus legítimos triunfos, y en inolvidables pláticas mantuve con ellos en el círculo íntimo de la amistad algunas de las ideas que hoy apunto al correr de la pluma, y que quisiera haber acertado á interpretar fielmente en las composiciones que someto al juicio inapelable y decisivo de mis lectores.

JUAN MENÉNDEZ PIDAL.

MADRID.—1890.



¡A-LA-LÁ!

Allá, en las lindes del Occidente,
pálida lumbre colora el cielo,
y ante él apenas si se columbra
de negras rocas la masa ingente;
ciñe á la nube de altivo vuelo
claro arrebol;
dormita el valle ya en la penumbra,
y los picachos que hay al Oriente
bañan su frente
con luz bermeja del muerto sol.

*
*

Por el abrupto desfiladero,
sobre las sombras, viene la niebla,
viene en tropel;
cae al profundo despeñadero
y el valle puebla,
con los vapores que extiende en él.

*
*

Al cielo en mudas olas se lanza,
rásgase, trepa... si sube más,
los sesgos rayos del sol alcanza,
allí recibe su luz refleja,
y el fino polvo de oro semeja
que la carroza del sol que avanza
dejó detrás.

* * *

Ya de fantasmas de vida breve,
finge en los aires la procesión;
ó invade el monte como se mueve
la móvil onda de un escuadrón.

* * *

Ora reposa cual lago extenso
por la gigante cuenca del val;
ya como blanca nube de incienso
se esponja y crece de modo tal,
que borra el campo y el cielo inmenso
y al hombre encierra bajo su denso
turbio fanal.

* * *

Y así le deja solo y aislado,
sin que del mundo lleguen á él
más que algun rayo de luz filtrado
por la espesura de aquel nublado,
ó algun sonido

repercutido
por las gargantas del valle aquél.

*
* *

La luna llena, perla entre espumas,
luciendo opaca tras de las brumas
alumbra ya:
sólo retiñe lejos la esquila
del buey, que pace libre las brañas,
y al par solemne se oye y tranquila
esa tonada de las montañas,
el *a-la-lá*.

*
* *

Cuando se apaga la luz del día,
su misteriosa melancolía
difunde en toda la creación;
la bebe el alma y á ella se aveza
en la dormida naturaleza,
y la del alma santa tristeza
se encarna en esa triste canción.

*
* *

Oidla: en ella trasmigra un alma,
de su cantúria gime en la calma;
en las mudanzas del ritmo ondula
y por las hebras del son circula;
la trasparente la melodía,
vuela en sus alas serena, ó bien

ya languidece
y con letárgico son se mece
en la perenne monotonía
de su vaivén.

* *

Y la tonada se esfuma y rueda,
y á todo el valle la enseña el viento;
la silba el sapo con tardo aliento;
la aprende el eco que la remeda;
dícela el río, que á la llanura
cantando baja desde la altura,
y en son muriente la enseña al mar;
allá las olas la van cantando,
y cuando vuelven, su voz desmaya
con ese canto sobre la playa,
y lo repiten cabeceando
los viejos pinos en el pinar.

* *

¡Sagrada estrofa de heleno rito
que griegas vírgenes de blanca estola
silabearon plañendo ayer...!
Tu vano culto quedó proscrito;
pasó la raza que á la española
playa te trajo, con su poder;
murió el idioma que te engendrara,
y en cadencioso y arcano grito

hoy convertida, quedaste sola
como reliquia preciosa y rara
de la cultura que te dió el ser.

* * *

Himno, conjuro, fórmula ó ruego,
fecundo espíritu del genio griego
en su perpétua transformación,
renace y cuerpo rítmico toma
en el sudario del muerto idioma;
gime en los siglos como alma en pena
y en los sagrados bosques resuena,
á los que Grecia dió culto un día
del arte haciendo su religión,
y aprende en ellos esa armonía;
que todavía
cuando la noche su reino empieza,
habita el númen la selva umbría;
aún en la madre naturaleza
beben las almas su inspiración.

* * *

Y alma es del alma de mis canciones
esa penumbra de luz y sonos
que al hondo valle su encanto da;
que en ellas hace vivir su aliento,
ya en el schema de un pensamiento,

ó en los acordes rima y acento,
la eterna nota del *a-la-lá*.

* * *

Como los ánsares traen en su pluma
las tintas grises de húmeda bruma
y de las nieves la viva luz;
y, con salvaje graznar pasando,
las tempestades van anunciando
y forma el bando
por los espacios mística cruz:

* * *

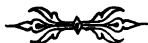
Como las larvas y mariposas
que entre jazmines, nardos y rosas,
mudas como ellas y matizadas ,
con ellas viven apareadas
en el jardín;
como el gusano que fosforece,
su luz verdosa tomar parece
del verde cespéd que le guarece
y donde arrastra su cuerpo ruin:

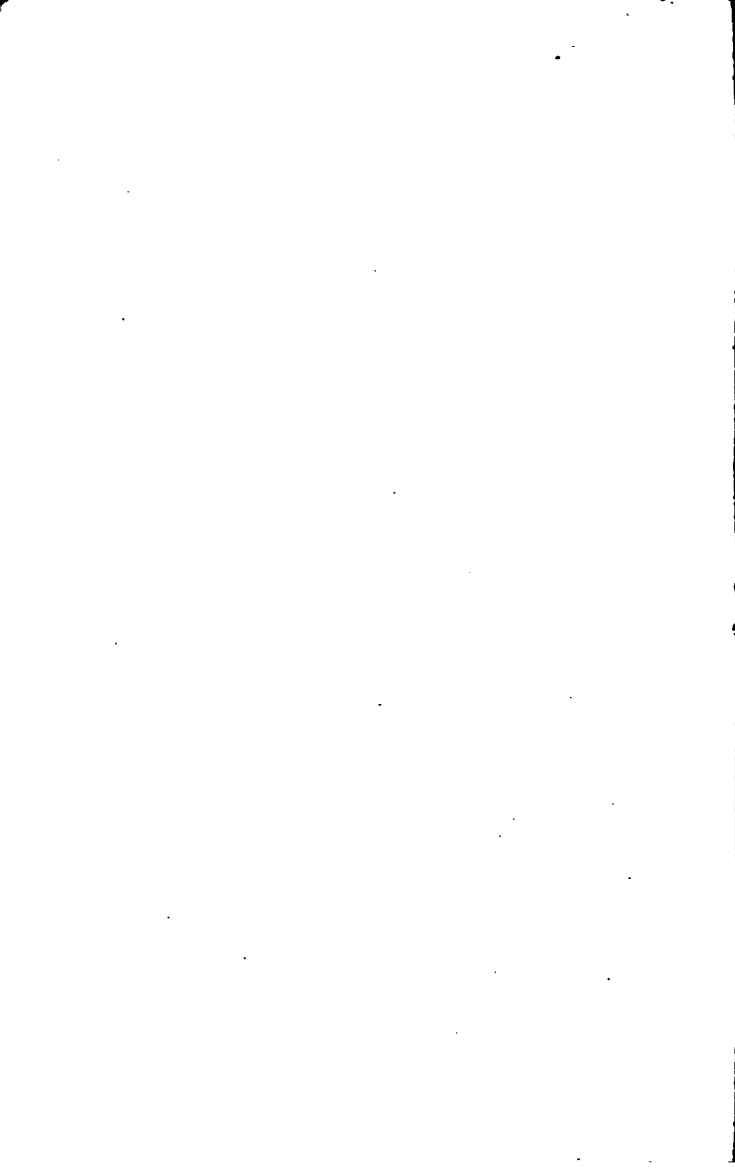
* * *

Como la agreste flor, que á la vida
nace en barranco lóbrego y triste,
de tonos pálidos sus hojas viste

cual reflejando la luz cernida
que entre las ramas del bosque ve;
así á mis ojos place y no daña
la luz oblicua de la montaña,
tal en mi espíritu vive latente
esa tristeza del medio ambiente
que respiré.

MADRID—1890







SALMO DE AMOR

*Ella es la Venus del Norte,
de Córdoba la sultana;
y el Norte y el Mediodía
la adornaron con sus gracias,
porque es medio cordobesa
y medio zaragozana.*

*Córdoba oriental, un día
la vió nacer con el alba;
noches de amor le inspiró
Aragón con sus rondallas;
melancólicas las noches,
muy alegre la alborada,
la tristeza y la alegría
hiciéronse en ellas hermanas!
Y el cuerpo preso en Sansueña,
cautiva en Córdoba el alma,
soñó con la patria ausente
hasta que volvió á la patria.*

Una rubia cabecita
como las mieses dorada;
un cuerpo grácil y apuesto;
una faz hermosa y blanca,
cual si el claror de la luna
con su nimbo la cercara,
tal sello ideal le imprimen
que más que mujer es hada.

De tanto mirar al cielo,
un cielo lleva en el alma;
tiene los ojos azules,
como las ondinas pálidas
tienen azules los ojos
de tanto mirar al agua.

Canta con voz que fascina,
y así las náyades cantan,
que por escucharlas, dicen,
detiene el río sus aguas
y al dulce cántico acuden
los pájaros en bandada.

Como alma del Norte piensa,
como oriental siente y ama,
y con dulce ritmo arábigo
habla en lengua castellana.
Si cristianas sus canciones,
moriscas son las tonadas;
canta sus penas de amor

al compás de la guitarra...
¡Cuáles no serán sus penas,
que llora cuando las canta,
y hasta la guitarra olvida
la jota zaragozana
y se pone melancólica
solo por acompañarlas!
— «Un mar de peniñas tiene
metido dentro del alma...
Cuando la marea sube
yega á su ojos el agua.»

A la voz de sus encantos
quedó cautiva mi alma;
que *ella* es la Mora en que sueñan
los hijos de mis montañas;
la que en apartados bosques
ocultos tesoros guarda;
la que, al declinar el sol,
deja su cueva encantada
y en la fontana serena
espejando su faz lánguida,
los largos cabellos rubios
peina con peine de plata.

En esa encantada Mora
los montañeses encarnan
las vagas é indefinidas
aspiraciones del ánima;

algo sobrenatural,
algo eterno, alma del alma...

¡Niña del cabello rubio,
la de la faz triste y pálida,
de mi vida en los ensueños
tú eres la Mora encantada!

Alma de luz oriental
en cuerpo de niebla vaga;
yo amo en tí, niña querida,
tanto el cuerpo como el alma;
la materia y el espíritu;
el crepúsculo y el alba;
lo deleznable y lo eterno;
las sonrisas y las lágrimas;
el cielo de Andalucía,
las nieblas de mis montañas.

CÓRDOBA—1888





LA NOCHE DE SAN JUAN

.....

La pálida luna
preside la fiesta;
esa luz de las sombras amiga,
de estúpido rostro, de faz macilenta.

*
* *

Esa luna que ostenta en su disco
de luz medio muerta,
negras manchas, que en ella parecen
los runas que artera
descifraba Wola,
la decrepita saga del Edda:

*
* *

Esa luna que el druida invocaba,
extendiendo la mano hacia ella,

murmurando del rito sagrado
palabras secretas:

* * *

Esa luna que orlaba de fuego,
las nubes aquellas
en que Ossian el Eskalda veía
pasar con pereza
de Fingal y Malvina las sombras
errando del éter en la calma eterna:

* * *

Esa luna de faz arrugada
cual vieja hechicera,
dormitando en la altura del cielo,
preside la fiesta.

* * *

Ella tiñe de luz melancólica
el valle y la selva,
y al bañarlos su luz moribunda
ideales contornos les presta.

* * *

A su fulgor, crecen
gigantes las sierras,
se retuercen las hayas del monte,
y seres medrosos sus troncos semejan.

Los negros pantanos,
las fuentes serenas
del bosque escondido,
que mohosos peñones sombrean,
fosforecen con lívida llama
de lumbre siniestra:
los rios son fuego,
cristales las peñas,
é invisibles fantasmas cabalgan
en fugaces girones de niebla.

*
*
*

Cuando el gallo negro
que habita en la selva
canta á media noche,
los genios despiertan:
asoma algun duende
su enorme cabeza,
de la gruta en que yace escondido,
por la rota quiebra;
y al ver el silencio
reinar por doquiera,
con sonora y fugaz carcajada
da la voz de alerta.
Los demás espíritus
á lo lejos repiten la seña,

y en sus formas sutiles envueltos
recorren la tierra.

El soto pelado
que zarzas rodean
y alumbra la luna
con luz soñolienta,
cual la agonizante
de una candileja,
al sonar de aquel gallo los cantos,
de brujas se puebla,
que á caballo de sucias escobas
del aire descienden con sombras envueltas;
y allí el aquelarre,
retozando en fantástica rueda,
ahulla y se inclina,
con extrañas ridículas muecas,
en obsequio del macho cabrío
que rumia impasible mirando la escena.

*
* *

De las claras fuentes
que bajo las peñas,
y entre plantas y sombras ocultas,
con monótono son gorgolean,
surgiendo las *xanas*, (1)

(1) Especie de ondinas en la mitología popular de Asturias.

allí prisioneras
de algun moro al poder misterioso,
se ponen en vela
á la margen del agua lavando
del oro más puro brillantes madejas;
y entre tanto, con voz melodiosa
y en dulces cantares, relatan su pena.

*
* *

Las errantes almas
de los muertos, llegan
al calor del rescoldo humeante
que aún dan las hogueras.

*
* *

Danzando los duendes
en las rocas torcidas y escuetas,
del monte las cumbres
á su rudo compás bambolean.

*
* *

Y las *Atalayas*,
gentiles doncellas
que encantadas mansiones habitan
ocultas en cuevas,
arden hoy como llamas azules

entre la maleza,
y violetas de fuego parecen
que al paso del aura se agitan y tiemblan.

* * *

Así como el sueño
que embarga la idea,
produce en el alma
visiones etéreas,
seres intangibles,
de ignota existencia,
que son realidades y puras quimeras;
así cuando duerme
la Naturaleza,
en la noche serena y tranquila,
las sombras engendran
esos vanos terribles fantasmas
de luz y tinieblas,
que se agitan cual sueños del mundo;
terrores que pasan si el mundo despierta.





CREPÚSCULOS

I

Mañana temprano
la niña se casa.
Su madre la llora,
que siente dejarla:
por no darle penas
oculta sus lágrimas...

Las dos están solas
en aquella estancia
que un velón alumbra
con luz muy escasa.

¡Visperas de boda
quién duerme con calma!
Por eso la niña,
que está desvelada,

sobre dos arcones
previene las galas:
el zapato nuevo,
las medias caladas,
las ligas de seda,
camisa de Holanda,
faldas con encajes,
y vueluda saya;
jubón floreado,
pañuelo de grana,
corales y anillos,
cintas y arracadas...

Lloraba la madre;
la niña cantaba.

Una mariposa,
batiendo las alas,
en torno voltea
de la luz menguada.
Al verla, quedóse
la niña muy pálida;
frunció el entrecejo
la mísera anciana,
y ambas se miraron
sin decir palabra;
que malos anuncios
son ver en la casa
mariposas negras

rondando una llama.

Recobró la niña
su perdida calma,
y tornóse, al punto,
risueña y galana.

Con voz temblorosa,
la madre exclamaba:

—¡Es negra, hija mía!...

—No, madre; que es blanca.

Lloraba la madre;
la niña cantaba.

II

Lloraba la niña:

—¡Mal haya la guerra;
que á recién casadas
sin amor las dejal

Lloraba la niña
tiranas ausencias:

¡En día de bodas
á su amor le llevan!

Por esa montaña
se alejó su prenda,
al hombro el mosquete,
y el alma en tinieblas...

Con luto en el alma
quedó también ella:
la rinden al sueño
cuidados y penas
y amor y cuidados
también la despiertan.

De la guerra armada
corren malas nuevas...
¿Si en ella habrá muerto
quien la niña espera?

En vano su madre,
con pláticas tiernas,
desechar pretende
su amarga tristeza.

Las dos están solas
en la estancia aquella
que un velón alumbra
con luz soñolienta.
¿Quién duerme con duelos?...
¡Cuidados desvelan!
La niña lloraba,
é hilaba la vieja.

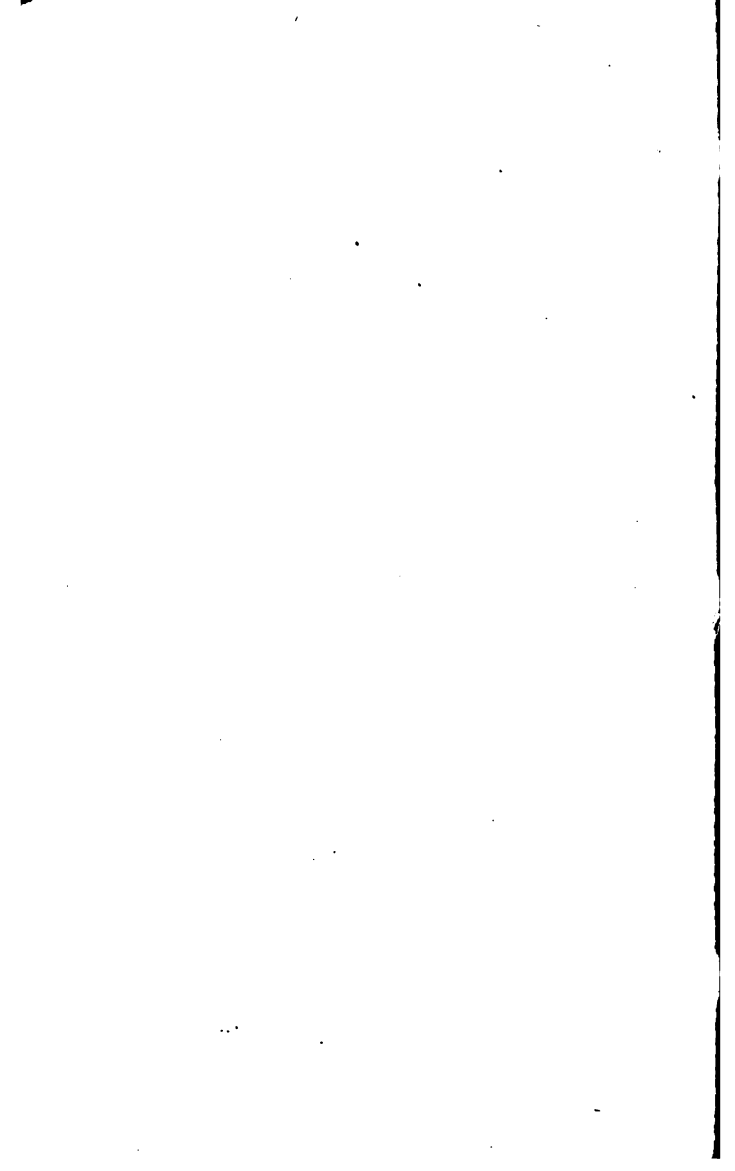
En torno á la llama
del velón, siniestra
leve mariposa
girando aletea.

De pronto la niña

se puso bermeja;
y luego, más pálida
quedó que una muerta.
Su madre, temblando,
le dijo risueña:
—Es blanca, hija mía...
—¡No, madre, que es negra!
La niña lloraba
é hilaba la vieja,
cuando recios golpes
batieron la puerta.
Un soldado llama;
tristes son las nuevas:
¡no volverá nunca
quien la niña esperat

III

Tal es nuestra vida:
sonrisas y lágrimas,
alegría y luto,
dudas y esperanzas:
¡mariposas negras,
mariposas blancas!

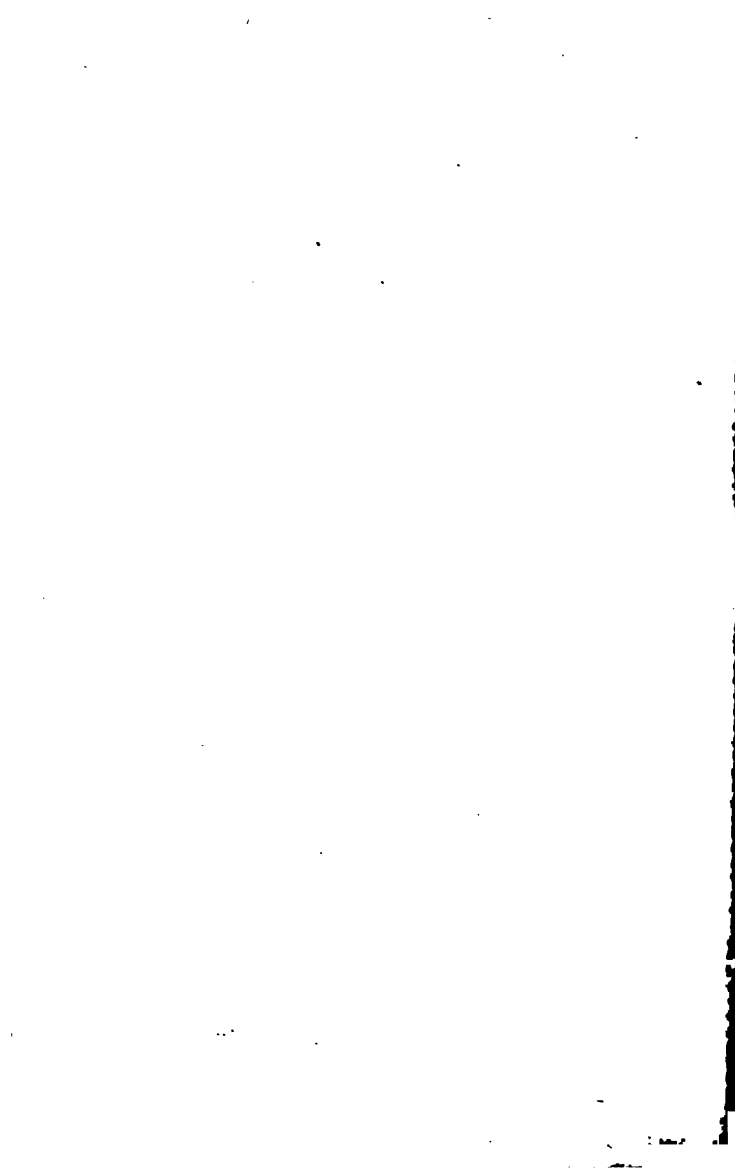




NOCHES DE CÓRDOBA

Como en tul trasparente, rebosa
en los cielos el débil y claro
resplandor de la luz perdurable
que inunda á los santos,
y en las mallas del tul mal tejidas
irradian los astros.

Un girón de ese plácido cielo
se ve por el cuadro
que limitan las blancas paredes
del árabe patio:
en el fondo, sombras,
la luna en un ángulo
con vapores de plata envolviendo
las enredaderas, el verde naranjo,
y el rincón de la arcada que ondula
sobre leves columnas de mármol.
Los amplios aleros,
donde asoman las tejas su caño,
vierten largas sombras





NOCHES DE CÓRDOBA

Como en tul trasparente, rebosa
en los cielos el débil y claro
resplandor de la luz perdurable
que inunda á los santos,
y en las mallas del tul mal tejidas
irradian los astros.

Un girón de ese plácido cielo
se ve por el cuadro
que limitan las blancas paredes
del árabe patio:
en el fondo, sombras,
la luna en un ángulo
con vapores de plata envolviendo
las enredaderas, el verde naranjo,
y el rincón de la arcada que ondula
sobre leves columnas de mármol.
Los ámplios aleros,
donde asoman las tejas su caño,
vierten largas sombras

en los lienzos del muro encalados;
nacarea la luna en los vidrios
del balcón que sombrea el geranio;
y, dobladas al sueño las flores,
sus alas de aromas tendiendo al espacio,
á buscar va á su amante en la noche
el alma invisible de rosas y nardos.

De la insomne fuente
salta el chorro las sombras rasgando,
que con débil rumor hervoroso
ya cayendo en la alberca de mármol;
rumores que evocan
con su ritmo extraño
de Córdoba arábica
los días lejanos,
melancólicos cuentos de amores,
orientales leyendas que, acaso
al pasar, aprendieron las aguas
en los subterráneos,
donde aún viven hadadas princesas
hilando y cantando
ese son que ha aprendido y repite
la fuente del patio.

*
* *

¡Qué hermosas las claras
noches de verano...

el alma qué libre,
y el cuerpo qué lacio...!

En la mecedora
pensando, pensando,
y á compás de sus dulces vaivenes
meciendo en el alma recuerdos amados,
quedéme dormido,
dormido y soñando.

Y una hermosa visión, una niña
de rostro muy pálido;
cual la flor del lino
sus ojos azules, serenos y claros,
y el óvalo hermoso
de su faz orlando
del rubio cabello
el aéreo contorno esfumado,
sonreía ante mí dulcemente,
arrullaba mi sueño cantando
esa eterna canción que repite
la fuente del patio.

Un momento callada, acercóse
hasta mí con andar reposado,
y la fuente el cantar monorrímo
prosiguió con un eco lejano.

—Te espero en la reja,
vestida de blanco,
y tejido el trenzado rodete

con pálidos nardos.
Tras de la persiana
estaré muy atenta á tus pasos;
los conozco aunque suenen muy lejos
por la calle tortuosa avanzando.
Me juraste tu amor tantas veces
al Cristo del Arco,
que vendrás..., mas ya es tarde, bien mío,
que está alboreando.

Desperté: la luz fría del alba
débil cae en los verdes naranjos,
y las golondrinas
alegres chiando,
van y vienen en grupos diversos
y en rondá siguiendo las curvas del claústro.
En la alberca los peces voltean,
se despiertan las flores llorando;
y entre malla tupida de arbustos,
gaya ríe la fuente del patio,
lanza al aire su chorro, y se baña
en la luz su florido penacho.

*
* *

La calle es sombría,
tortuosa y estrecha;
de la calle, cerrando un extremo,
hay un arco moruno de piedra,

y en su tímpano un Cristo, pintado
por mano inesperta,
al que alumbra un farol por la noche,
y lo atiza, lo escurre y lo abreva,
una vieja devota del barrio
por mística oferta.

En la rinconada,
allí está la reja
donde fiel á mi amor y constante
mi niña me espera,
en verano con blancos jazmines
prendidas sus trenzas,
y en invierno en el chal embozada
y oliendo á alhucema.

¡Horas gratas de amor; cuántas veces
olvidé mis cuidados y penas
al arrullo del diálogo amante,
verbo real en que encarna la idea,
y en que el alma en el alma fecunda
ese amor que la anima y la alienta!
Entornada la reja hoy encuentro,
ceñuda y austera,
y caída la verde persiana
impasible á mi tarda presencia,
como bella celosa ofendida
cuando esquiva sus párpados cierra.
¡En vano mis ojos

con angustia clavábanse en ella...

Cuando el sol ya inundaba hasta el fondo
la oscura calleja;
bien así como cuando su rayo
se filtra en la espesa sombría alameda,
y fecunda el capullo sedoso
donde la crisálida
renacer espera,
la ventana se abrió en aquel punto,
y el hada del sueño vi entonces en ella.

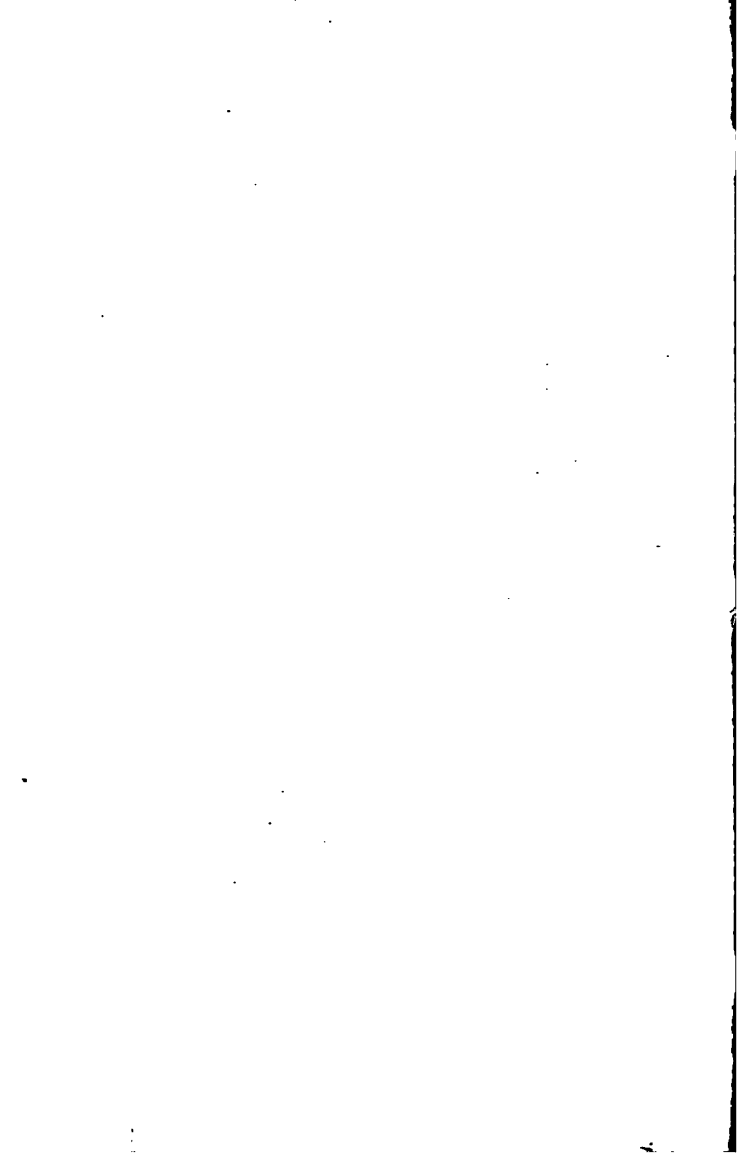
—Te estuve aguardando...

¡Qué triste el que espera!
Hice al fin, por el sueño rendida,
cabezal de mi sien el alfeizar;
y soñé que, ya presa del ánsia,
yo misma á buscarte llegué hasta tu puerta:
y al verte dormido
y olvidado de mí, me dió pena,
y muy quedo, muy quedo y muy triste,
te canté al oído la canción aquella,
la canción gitana
que tanto te alegra:
«Vestida de blanco
te espero en la reja...»

¡Benditas las noches
claras del verano,
en que vuelan las almas tan libres
mientras quedan los cuerpos tan lacios!
¡Bien haya la cita
misteriosa, sin vernos ni hablarnos,
en que el alma, dejando su cárcel,
el alma que adora feliz va buscando,
como va con sus alas de aromas
hendiendo el espacio,
á buscar á su amante en la noche
el alma invisible de rosas y nardos.

CÓRDOBA—1889







LA PRIMERA LANZA

I

Desperezándose un ala,
y frente á la luna erguido,
el gallo las doce canta.

—La media noche ha sonado;
ensilla, muchacho, ensilla,
que el alba se va acercando.

¡Cuánta calma! ¡Qué silencio!
¡Qué roja sale la luna
por la Hoz de Picos Negros!

¡Y cómo corren las nubes;
cómo el viento las arrastra
sobre las áridas cumbres!

O mi cerebro flaquea,
ú oigo doblar las campanas,
las campanas de la iglesia.

¿A ver...? ¡Nada...! Dí, muchacho,
¿no son luces lo que brilla
camino del camposanto...?

¡Bah! Pura ilusión es todo;
aún las visiones del sueño
pegadas llevo en mis ojos.

II

Alamos dan sombra al templo;
el templo por sus ojivas
vierte débil luz en ellos.

Perfilado por la luna
se alza el viejo campanario
y en él las zarzas incultas.

A través de las troneras
véense las negras campanas
y el cielo azul que clarea.

La media noche ha sonado;
y, erguido frente á la luna,
canta el vigilante gallo.

A lo largo de la iglesia,
un viento sutil y frío
corrió las naves desiertas;

viento helado que salía
de las tumbas que en el suelo
están dos á dos tendidas.

A su paso fugitivo
las lámparas se animaron
y se encendieron los cirios;

las losas del pavimento,
despertando á los difuntos,
volcáronse con estruendo:

cual si arrancara de cuajo
el huracán una selva,
resonó un chasquido extraño;

y cada muerto en su hoyo
armóse sobre los huesos
roidos, blancos y mondos.

.....
Todos pálidos y adustos,
sus ojos llorando tierra,
iban saliendo uno á uno;

y aún lleva alguno apegada
á sus podridos tendones
la sucia y rota mortaja.

Llegaron al presbiterio;

en la lámpara mayor
sendos cirios encendieron;

y de la iglesia formados
salieron en largas hilas,
á tientas y salmodiando.

Ya en el umbral de la puerta,
por cada muerto que sale
corre en el cielo una estrella.

III

Viendo surcar una el cielo,
—¡Dios la guíe!—repetía
en voz baja el caballero;

mientras el pie en el estribo
y en el arzón una mano,
subió á su potro morcillo.

Iba ya á aguijar al bruto,
cuando apareció á sus ojos
la ronda de los difuntos.

—¡Hola! ¿Seguis mi camino?
Mejor en traje de guerra
ibais á Omaña conmigo.

¡Tratais de burlarme, necios...!
Yo tengo tan bien templada
el alma como el acero;

y me place ver fantasmas,
porque, sin riesgo, en vosotros
romperé mi primer lanza...

Mas considero vileza
usar mi lanza de hierro
contra esas hachas de cera.

Con pausa, mudo, sombrío,
un esqueleto avanzando
alargó á Guillén un cirio.

Propicio Guillén tomóle;
siguió el cortejo su marcha
y él quedó en su puesto inmóvil,

Conforme pasa el cortejo,
la luz del cirio en las manos
de Guillén se va extinguiendo;

y cuando el fúnebre coro
se perdió en la sombra densa,
llegó á extinguirse del todo,

y Guillén, en vez de cirio,
halló en sus manos un hueso
largo, seco, duro y frío.

Lleno de pavor y espanto,
—¡Madios!—exclamó con ira,
y lo arrojó de sus manos.

Clavó al potro el acicate:
cual alma que el diablo lleva,
siguió el camino adelante;

mientras, sus alas batiendo,
hacia do el hueso blanquea
viene una legion de cuervos.

IV

¡Sombrios valles de Omaña,
tintos en sangre de moros
os ha de alumbrar el alba!

¡Cuántos pálidos cadáveres
yacen entre el lodo inmundo
de tus húmedos juncuales!

Confundidos los dos bandos,
ya entre los pendones moros
negrean los castellanos.

Uno entre todos más negro

abre paso á una mesnada,
y es Guillén su mesnadero.

¡Bravo adalid la gobierna,
que la muerte y el espanto
va sembrando por doquieral

Todos huyen al mirarle:
solo con él, uno solo
luchó en singular combate.

En blanco alquicel se emboza,
y de su capucha blanca
oculta el rostro en las sombras.

Inmóvil sobre el caballo,
puesta la lanza en el ristre,
se presenta á su contrario.

Ciego Guillén acomete:
y al llegar allí su potro
bufa, se espanta y se vuelve.

Espolea, enristra, avanza...;
pero su lanza se encoje
y en la enemiga se ensarta.

Vaciló sobre el caballo;
y, en sangre el pecho teñido,

cayó sin vida en el campo.

.....

Entre sus manos el muerto
tenía un hueso por lanza,
largo, duro, frío y seco.

LEÓN.—1887.





NOSTALGIA

Á LA SANTA MEMORIA DE MI PADRE

I

¡Cuánto al morir de una tarde
los ya pálidos fulgores,
suspiré,
cuando por la vez primera,
del solar de mis mayores
me alejé!

Á la aldea desde un monte,
turbia en llanto, la mirada
dirigi:
como Boabdil, el rey moro,
por vez postrera á Granada,
yo la ví.

Cielo azul, oscuro valle,
rumorosas alamedas,
ámplo hogar;

melancólicas canciones,
solas y oscuras veredas,
cerca el mar...

¡Ay, qué triste es ausentarse
del valle donde uno deja
el corazón!...

¡Tened del pobre viajero,
que de su patria se aleja,
compasión!

II

En una eterna agonía
lejos de aquel valle amado
yo viví;
y, haciendo dulce mi pena,
su recuerdo idolatrado
vivió en mí.

¡Benditos esos recuerdos!
con el triste peregrino
siempre van...

Yo, en mis horas de amargura,
recordaba de contínuo
con afán;
cielo azul, oscuro valle,

de la desvelada fuente
triste el son...
¡Tened, tened del viajero,
que está de su patria asusente,
compasión!

III

Un día, el único día
de luz aromas y calma
que miré
entre todos los que lejos
de aquella aldea del alma
suspíré;
hacia mi patria una vela
impelía el viento suave
por el mar,
y aunque alegre, pensativo,
yo suspiraba en la nave
por llegar...
Y me decía: «¡Á su patria
cuando torna el peregrino
con placer,
qué tristeza, qué amargura
el quedarse en el camino
debe ser!»

Así en la proa sentado,
y con mi dolor á solas,
triste fui;
por pensar cerré los ojos,
y al arrullo de las olas
me dormí.

Y cuando ya de los sueños
de mil visiones extrañas
desperté,
tocó en la playa la nave,
y el aire de mis montañas
respiré.

La nube de mis dolores
disipóse en llanto ardiente
de emoción...
¡Ah, tened del peregrino,
que está de su pátria ausente,
compasión!

IV

Huyeron mis ilusiones;
que la ilusión se destierra
con sufrir.
¡Mucho en el mundo he sufrido!

vivir aquí en esta tierra,
no es vivir.

Con vivir en aquel valle
donde todo el amor mio
vinculé,
ser feliz creí en el mundo;
mas hoy me abate el hastío...

¡Me engañé!

Que en éxtasis ideales
otra pátria el alma mira
con pesar,
y mísera desterrada,
por ella el alma suspira
sin cesar...

Del tiempo en la vieja nave,
por mi pena suspirando
siempre estoy;
y desde que nací, á esa pátria,
de la vida el mar cruzando,
tristé voy.

Cuándo será que la muerte
me arrulle el último sueño
terrenal,
y al despertar en la playa,
contemple el valle risueño
celestial?

¿Y, yo llegaré?... ¡A su pátria

cuando torna el peregrino
con placer,
qué tristeza, que amargura,
el quedarse en el camino
debe ser!

OVIEDO.—1881.





CANCIÓN DEL ALMA

Como de un nido de rosas
de sus labios prendió el vuelo
la canción de los amores
cantando y volando á un tiempo;
rozó mi sien con sus alas,
anidó en mi pensamiento,
y enredada en los zarzales
de mis asperos recuerdos,
me alegra el alma dormida
en un crepúsculo eterno.

.....

Mas cuando amante me mira
mi niña de ojos de cielo,
cuando en sus azules ojos
el amor amaneciendo,
hacia mí entornados, vierte

el sol del alma por ellos,
un rayo de luz bendita
inunda mi pensamiento;
mi corazon aletea
convulso dentro del pecho,
como un pájaro en su nido
al nacer el día nuevo.

MADRID.—1887.





LUX ÆTERNA

- ¡Aulla un perro, madre,
junto á la puerta;
en cuanto aclare el día
ya estaré muerta!
- Si ya vas mejorando,
no digas eso...
- ¡Madre mía del alma,
dame otro beso!
- No temas nada...
- Por tí y por Juan lo siento,
madre adorada.

*
* *

- ...¿Qué ruido suena, madre?...
- Los rondadores;
es sábado, y cortejan
á sus amores.

—¡La voz de Juan no escuchas
entre esos cantos?

—Alguna igual te engaña,
porque son tantos...

—No, madre mía...

¡Y el pérfido juraba
que me quería!

* * *

—¡Sabe que estoy muriendo!...
No, no me quiere.

¡Qué triste se ve el mundo,
cuando se muere!

—Mírame: abre los ojos,
es mi deseo...

—¡Madre, dentro del alma
qué claro veol
si quiero alzarlos,
negras sombras, muy negras,
me hacen bajarlos.

* * *

.....
—¡Madre mía del alma,
la muerte es cierta;
vuelve á gañir el perro
junto á la puerta!

¡Qué sola en este mundo
vas á quedarte!
¡Quién en tu desamparo
va á consolarte!
Madre querida,
tan sólo por tí siento
perder la vida.

* * *

¡Quién trenzará amorosa
tus nobles canas,
sentada al sol contigo
por las mañanas;
y quién hasta la tarde
bajo el castaño,
al par de tí cosiendo
pasará el año!
¡Años enteros
con mis recuerdos solo
por compañeros!

* * *

Al amor de la lumbre
buscando abrigo,
creerás, estando sola,
que estás conmigo.
Recuerdos importunos

de mis canciones
fingirán en tu oído
débiles sonos...:
¡eco apagado
del canto de la dicha
que se ha alejado!

* * *

Juan vendrá, como todos,
á verme muerta:
no le dejes que pase
de aquella puerta.

Dile que, ya muriendo,
sentí su canto;
que, ni muerta, oír quiero
su necio llanto...

Que ame á Dolores;
que á mí me basta, madre,
que tú me llores!

* * *

Vísteme de mortaja
la ropa toda
que en el arca tenía
para mi boda;
y después que me hubieres
amortajado,

quitame estos corales
que Juan me ha dado;
porque no crea
que aun he muerto queriéndole,
cuando me vea.

* * *

Vendrán todas las mozas
menos Dolores,
á poner en mis andas
cintas y flores:
sin ella, vendrán todas
al cuarto mío
por besar en mi rostro
ya duro y frío...
¡Madre, si muero,
sin su beso y su cinta
marchar no quiero!

* * *

Dile, madre del alma,
que la perdono:
¡que olvide tambien ella
su injusto encono!
que yo siempre la quise

más que á ninguna;
que no hubo de mi parte
traición alguna;
que ya le olvido...
¡Y qué culpa yo tuve
si él me ha querido!—

* * *

En los robles oscuros
solloza el viento;
se apagan las estrellas
del firmamento;
el río entre los álamos
reluce y pasa;
ni crugir una viga
se oye en la casa;
la candileja
que ardió toda la noche,
de lucir deja.

* * *

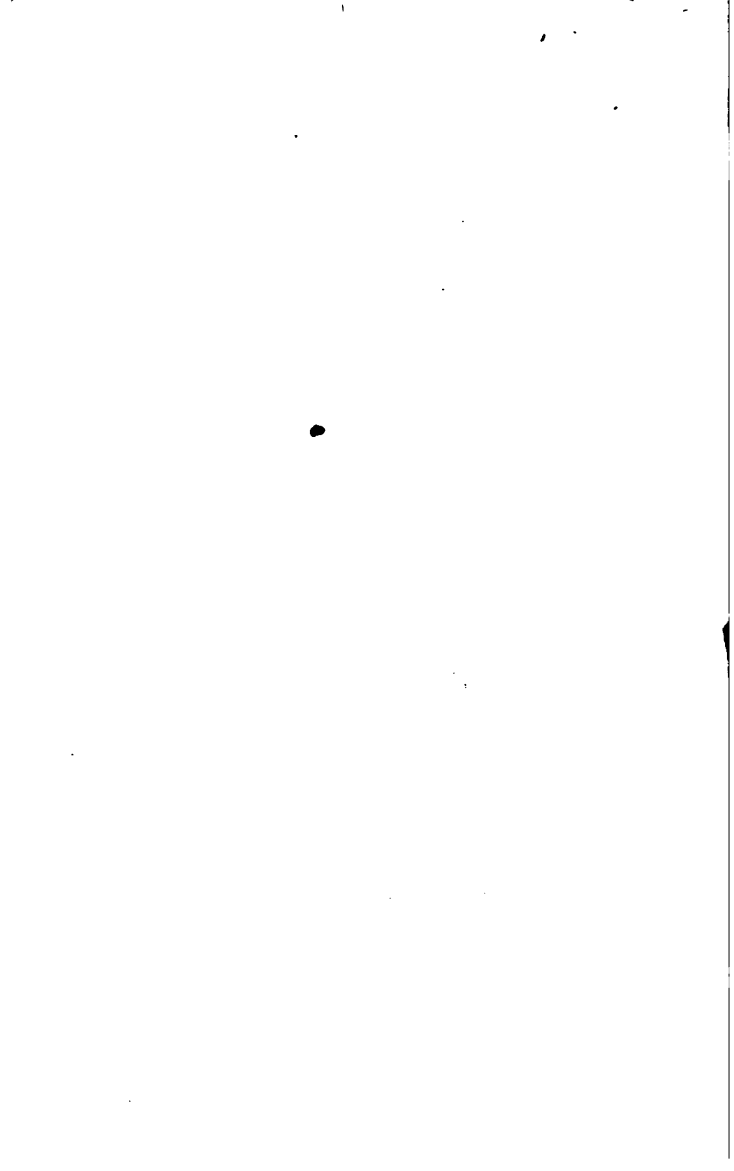
Se oyen dulces tonadas,
risas y bulla...
La niña da un suspiro,
y el perro aulla.

.....

Al volver de la ronda
los rondadores,
murió la pobre niña
soñando amores...
Cuando moría,
en las cumbres lejanas
amanecía.

Montañas de Grado (Asturias).—1885.







EL ROMANCE DE LAS NIEBLAS

Entre esos montes cuya agreste cumbre
corona oscura sierra,
del crepúsculo vago en el silencio
y por la sombra densa,
flotando van dos pálidos girones
de vaporosa niebla:
humanos seres que el espacio cruzan
trabados de las manos, asemejan...
Trepad aquí: desde esta altiva roca
contemplaréis mejor su marcha incierta.

*
*
*

Despierta á mi conjuro, vieja luna,
sol muerto que iluminas
el perpetuo crepúsculo en que viven
esos seres fantásticos que el día

condena á inmóvil sueño: surge, luna,
y con tu luz tranquila,
porque mirarlas puedan nuestros ojos,
esas blancas visiones ilumina...



Ahora se ven: marchando con pereza,
avanzan en silencio pensativas
y, con pausado andar, sin rumbo fijo,
del hondo valle en el espacio giran,
dejando por los tajos de la sierra,
por entre cuyas hoces se deslizan,
girones de sus túnicas flotantes
que al aura fresca de la noche oscilan.



Yo he nacido en los picos de esta sierra;
yo soy el trovador de estas montañas;
converso con los genios de los bosques;
en soledad platico con las hadas;
yo sé la historia de esas sombras frías
que entre la bruma vespertina vagan,
y os la voy á contar: oíd la historia
del amor de dos almas:

I

Hubo en tiempos un Rey moro
en Medina de Castilla
que en muchas tierras mandaba
y bellas hijas tenía:
si muy bellas eran todas,
de todas es la más linda
la hija menor del Rey moro,
del Rey moro de Medina.
Reyes, Príncipes y Condes
de amores la requerían,
y á los amantes requiebros,
por no hacer descortesía,
replicaba ella que aun era
para maridar muy niña.
La causa de sus desdenes
los amantes no sabían,
¡y no á pocos torturaban
desdenes de Rosalinda!...

¡Feliz don Suero Buyeres,
el señor de Penubiña,
que á tan linda enamorada
rendido de amor servía!...

Él era muy gentil mozo,

de sangre noble y altiva;
¡el más bravo mesnadero
que el Rey de León tenía!
Y aunque amores del cristiano
al Rey moro no placían,
por él sufría del padre
fieras torturas la niña;
por él lloraba en su celda
ausencias de muchos días;
no iba, por él, á las zambras
y sólo por él vivía...
¡Feliz don Suero Buyerés,
el señor de Penubiña!

Mañanita de San Juan,
al primer claror del día,
cuando con tiernos halagos
se besan flores y brisas,
por el amor desveladas
madrugan las avecicas,
y olvidando sus rencores,
y unidos por la alegría,
los moros y los cristianos
hacen fiestas en Medina,
á Medina fué don Suero,
por amor de Rosalinda.

Vióla estar entre otras bellas,
algunas dellas cautivas,

en un sombrío alamedo
de un río junto á la orilla;
con tréboles coronada,
de ricos paños vestida,
tañendo, en son reposado
y monótona armonía,
un pandero guarnecido
de cascabeles y cintas;
los párpados entornados
con dulce melancolía;
una mano en la cadera,
en la boca una sonrisa;
más que cantando, llorando
coplas en algarabía,
y su bien tajado cuerpo
moviendo en danza lasciva.
Nunca se vió juglaresa
por la tierra de Castilla
que sepa tales mudanzas,
que tales canciones diga.
—Si cantáis vuestros amores,
dijo don Suero á la niña;
si cantáis vuestros amores,
no debeis ser bien querida...
¡y, por mi fe, que es injusto
que otra os robe las caricias!
—Amores son de romance

los que yo cantando había;
pues yo nunca tuve amores,
sino con vos, por mi dicha...
Dármelos quiere hoy mi padre,
cuando á mí no me placía;
dármelos quiere de un moro
de mi linaje y familia...

Lágrimas de sus ojuelos
rodaron por sus mejillas;
miráronse tiernamente
el caballero y la niña,
á hurtadillas de sí mismos
como los amantes miran,
y hablaron quedo... muy quedo;
yo no sé qué se decían,
pero don Suero temblaba
delante de Rosalinda;
ella, enjugando los ojos,
á veces se sonreía;
y las dulzainas en tanto,
alegres sonos tañían;
danzas moriscas danzaban
mozos y mozas garridas;
bofordaban los donceles,
y murmuraba la envidia.

II

Antes de la media noche
tocan al arma en Medina:
en la plaza cien jinetes;
luces en las celosías;
crugir de armas en las calles;
pláticas en las esquinas;
cuatro centinelas muertos...
y, maldiciendo con ira,
puesto ya el pie en el estribo,
el Rey moro de Medina,
mientras que por unas vegas,
á seis leguas de la villa,
un caballo sudoriento
huye á carrera tendida
con una dama á las ancas
y un caballero á la silla.
—¡Hala, mi caballo, hala!...
Yo premiaré tus fatigas;
si á las bandas de León
me pasas antes del día,
daránte sopas en vino
las manos de Rosalinda,
y en cebaderas de plata
pienso y medio cada día.—

De don Suero á la cintura
 abrazada va la niña,
 volviendo sus negros ojos,
 llena de espanto, á Medina;
 y al ver volar el caballo,
 de placer se sonreía.

.....

—¿Qué serán aquellos fuegos
 que lejanos se divisan?..

—Nada receles, bien mío,
 no tengas miedo, mi vida;
 atalayas son de moros
 esas hogueras que brillan;
 al pie desas atalayas
 los centinelas vigilan;
 que á León cercan los moros,
 á León la bien guarnida.—

Antes de romper el alba
 por frente á León caminan,
 y por apartadas sendas
 enderezaron su vía.

Razonando van de amores
 el cristiano y Rosalinda,
 juntando boca con boca
 como mansas palomicas,
 cuando allá en el horizonte
 vieron clarear el día.

Tres días así anduvieron;
y al cabo de los tres días,
los altos puertos pasaban
por las más desiertas cimas.

¡Ya blanquean con la nieve
las cumbres de Penubiña!...

—¿Ves aquellos altos picos
envueltos por la neblina?...

¡¡Pues allí, cerca del cielo,
serás para siempre mía!!—

Así decía el galán
á la que en su amor cautiva
aún volvía atrás los ojos
temiendo perder tal dicha,
cuando allá en lejanos montes
aparecióse á su vista
de lanzas movable selva
que al valle se precipita.

¡Y entre aquel bosque de lanzas,
bien conoció Rosalinda
los recamados pendones
del Rey moro de Medina!
Abrazóse al caballero,
muda de terror y lívida;
creyendo acaso ocultarse
del Rey, su padre, á las iras,
convulsa apretó los ojos...

y dió un grito estremecida.
—¡Hala, mi caballo, hala,
que en ti mi suerte se fia!
Si antes de ponerse el sol
me llevas á Penubiña,
trenzarán tus negras crines
las manos de Rosalinda
y en albercas de oro fino
te abrevará cada día.—

¡Cómo escapaba el caballo
por aquellas praderías!
Saltando matas y arroyos,
resbalando entre las guijas,
aguantando en las pendientes,
trepando las agrias cimas,
galopando en las llanuras,
ciego el caballo camina.

.....

Derecho va al precipicio...
¡Ay de don Suero y la niña!
Don Suero el caballo enfrena;
ya no obedece á la brida.
Dos pasos más y... la muerte.
¡Allá van!... ¡Dios les asista!
que en el barranco profundo
el corcel se precipita...

A brazos descendieron

los amantes á la sima:
y en aquel supremo instante
de morir, diéronse cita;
todo su amor á sus labios,
toda su alma á sus pupilas,
cual queriendo en aquel punto
compendiar toda su dicha
y amarse en él cuanto hubieran
de amarse toda la vida.

Así los halló la muerte;
así la vida terminan
en un éxtasis de amor
ambas sus almas fundidas
al fuego de sus miradas
y de un beso á las caricias,
llevando, al partir, consigo
todo el amor que sentían.

Al descender al barranco
el padre de Rosalinda,
sólo halló, en sangre revueltos
del hondo río á la orilla,
los cuerpos de los amantes
en donde saciar sus iras.
Con saña apartó sus cuerpos:
las almas ya no podía;
que cual cándidas palomas
abandonaron unidas

aquellos nidos de amor
en que aún su calor palpita.

Al cielo entrar no pudieron,
pues no iban de culpa limpias;
al infierno no bajaron,
porque no lo merecían:
por eso entre cielo y tierra
vagan sus almas perdidas
purgando el terreno amor
que al morir ambas sentían,
amor que no abandonaron
al cruzar la ignota vía
que hay desde la tierra al cielo,
amando como en la vida.

¡Y ese amor es su martirio!
Por eso, hasta que lo olvidan,
en el infinito espacio
han de vivir suspendidas
en leve cuerpo de niebla,
una vida que no es vida.

¡Oh, que mal haya el Rey moro,
el Rey moro de Medina;
que por él penan las almas
del cristiano y Rosalinda!

Vedlas: aquí se acercan silenciosas;
con tardo andar caminan.

Pálido el rayo de la errante luna
que el espacio ilumina,
orla de plata el primoroso encaje
con que llevan sus ropas guarnecidas.

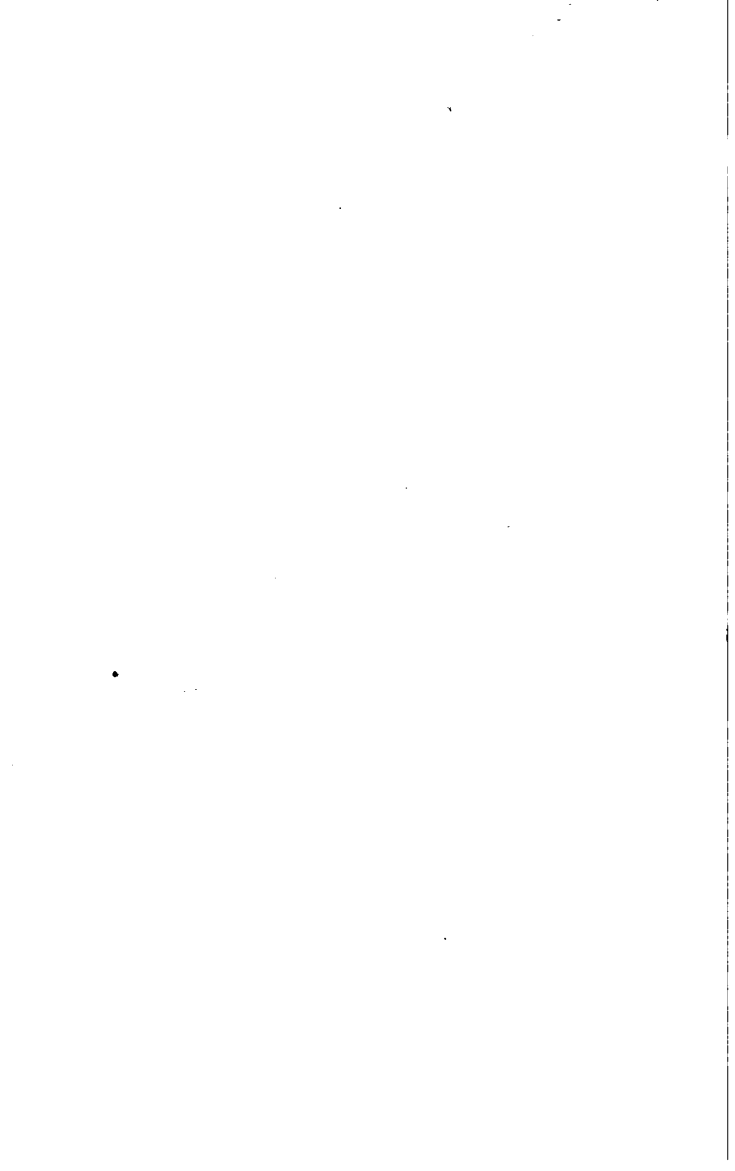
¡Una oracion por sus dolientes almas!
A nuestro lado pasan... ¡De rodillas!
¿Veis esas que cual gotas de rocío
en los arbustos de la sierra brillan?...
Lágrimas son de sus nublados ojos...

Ya mi frente acarician
los pliegues de sus túnicas flotantes
que al aura fresca de la noche oscilan.

Así la canción pagan del poeta;
refrescando su sien enardecida,
con las móviles orlas de sus mantos
y lágrimas de amor de sus pupilas.

PUERTO DE PAJARES.—1885.







CANTIGA SERRANA

*Ya se van los ganados
á Extremadura;
ya se queda la sierra
triste y oscura.
¡Ya se van los pastores,
ya van marchando;
más de cuatro zagalas
quedan llorando!*

I

Pasaron del verano
los claros días,
los del invierno llegan
con sus neblinas.
Sombrio quedó el cielo,

mustia la tierra;
ni tiene el prado flores
ni el cielo estrellas.

* * *

Secas vuelan las hojas
como un enjambre;
con las hojas del bosque
marchan las aves,
y de las avecillas
con las canciones,
otros climas buscando
van los pastores.

* * *

Por el árido lomo
de la montaña,
una gigante sombra
se mueve y pasa.
¿Acaso el sol de invierno
débil proyecta
la sombra de una nube
sobre la sierra?...

* * *

No; lo que nuestros ojos
allá columbran,

no es de una errante nube
la sombra oscura;
entre nubes de polvo
va caminando
el rabadán que emigra
con sus rebaños.

* * *

Y así, como escuadrones
del mismo ejército,
pasan unos tras de otros
los ganaderos;
pasan, y pasan
como una ténue sombra
por la montaña.

* * *

Que ya la *flor de invierno*
brotó en el prado;
ya la niebla hace trono
de Picos Albos;
ya el lobo en la Congosta
lúgubre aulla...
ya se van los ganados
á Extremadura.

II

Puerto de los Outédas
ágrío y fecundo,
tus selvas quedan solas,
tus bosques mudos;
solo el río por ellos
ya pasa y canta,
la canción del olvido
cantando pasa.

*
* *

Noches claras y tibias
de luna llena,
en que aroma el ambiente
la madre selva,
y en que un millón de estrellas
tiembla en el cielo
como argentadas hojas
de un alamedo.

*
* *

Noches de amor, pasasteis,
y con vosotras,
las circulares danzas
y alegres coplas,

á las cuales marcaba
mudanza y sones,
el cuadrado pandero
con rudos golpes.

* * *

Pasaron las veladas
en que, en son grave,
el mayoral decia
viejo romance,
llorando con la historia
de *Doña Iselda*,
del rabel triplicorde
la nota eterna;

* * *

mientras que atentas, mudas,
las mozas hilan
y hacen rodar el huso
cual más de prisa;
y guiños los pastores
haciendo, mueven
el odre, mientras cuajan
la blanca leche.

* * *

¡De tantas alegrías
é idilios tiernos,
en esos prados queda
solo el recuerdo!
Aun humea el rescoldo
de esas cabañas,
y así el recuerdo humea
solo en las almas.

*
* *
*

Gruñendo los arroyos
bajan del monte,
y el sol no irradia en ellos
su lampo móvil;
el viento en las cañadas
silba con furia...
*¡ya se queda la sierra
triste y oscura!*

III

En pos de sí dejando
sombra y tristeza,
va la nube que cruza
la cordillera;
y entre el polvo que mueven
esos rebaños,

acorde son de esquilas,
risas y cantos.

*
* *

Sobre récia y ventruda
yegua cuatralba,
entre mantas y enseres
puesto á horcajadas,
el rabadán canoso
marcha cubierto
con la de doble oreja
gorra de pelo.

*
* *

Y dos fieros mastines
de piel hirsuta,
y al cuello la carlacanca
de férreas puntas,
le siguen como hastiados
de ir de camino,
culebreando el cuerpo
medio dormidos.

*
* *

Dispersos los zagales
entre el rebaño,

con un diestro silbido
guian el hato,
que al escuchar el silbo
gira uniforme,
como á la voz de mando
los escuadrones.

*
* *

Así alegres trashuman;
que el alma engendra
en nuevos horizontes
ideas nuevas;
llevan delante de ellos
luz é ilusorias
esperanzas, y dejan
olvido y sombra.

*
* *

No; atras no queda todo
con el paisaje;
algo llevan consigo
de esos lugares;
un cantar á sus labios
cae desde el alma,
y el cantar vierte aromas
de la montaña.

*
* *

Grato al alma el recuerdo
vuelve, y entonces
en silencio marchando
van los pastores;
mientras que las ovejas
y cabritillos,
las cañadas atruenan
con sus balidos.

* * *

El dulce amor, la danza,
la fiesta alegre...
con la voz del recuerdo
les dicen ¡vuelve!
Cuando esa voz escuchan
con tierno halago,
*¡ya se van los pastores,
ya van marchando!*

IV

¿Cómo las serranicas,
sín ser hoy fiesta,
lucen sus arracadas
de plata vieja,
y el manteo adornado
con sobrepuestos,

y rizada camisa
de blanco lienzo?

*
* *

¿Cómo, sin ser hoy fiesta,
se están de holganza
sentadas á la puerta
de sus cabañas?

¿Qué miran, que sus ojos
fijan inmóviles,
en la cumbre lejana
que el sol traspone?

*
* *

Ven, á través del llanto,
la parda nube
que pasa y que se mueve
sobre la cumbre;
ven cruzar los pastores
por la alta sierra;
ven que la nube pasa
y ellas se quedan!

*
* *

¡Triste es ver el esbozo
de algo que pasa
y perderse en las brumas

de lontananza!
Algo nuestro parece
que muere en ello,
parece que nos deja
sin algo nuestro.

*
* *

Por eso miran tristes
las serranicas
ondular esa nube
por la alta cima;
que la mitad del alma
de algunas lleva,
y en pos de sí dejando
va llanto y penas.

*
* *

Para que allí germinen
dichas mañana,
como fecunda lluvia
deja esas lágrimas...
Más ¡ah! quizá el olvido,
tal vez la muerte,
algunas de esas flores
tronchen ó hielen!

*
* *

Vendrá tras del invierno
la primavera,
con ella los pastores
á la alta sierra;
pero mientras no vuelven
con sus rebaños,
*más de cuatro zagalas
quedan llorando.*

SOMIEDO.—1889.



CENERÉNTOLA

Amor de madre postiza,
ni es de madre, ni amor es.
¡Mi huerfanita adorada,
solo yo te quiero bien!

Al verte tan mal querida,
cuando te empecé á querer,
con la hermosa *Ceneréntola*
en mi amor te comparé;
siempre inclinada al trabajo
y esclavizada por él,
tu compartías las horas
en trabajar y querer.

Sedienta de amor tu alma,
mi amor aplacó tu sed;
si trabajabas por fuerza,
me mirabas por placer;
y porque amarme pudieses
y trabajar á la vez,
igual que á la *Ceneréntola*

en el cuentecillo aquel,
el Hada de los Amores
te venía á proteger.

Finos encajes labrabas,
pero labrabas, mi bien,
quizá tu mortaja propia
los encajes al tejer!
Mi amor te alentaba solo
en tu mortal languidez;
y en mi amor buscando vida,
de tu amor me dabas fé;
mientras, con tus blancos dedos
los bolillos al mover,
unos y otros los mezclabas
con tan fácil rapidez,
que al mirarlos parecían
marfil aquéllos también.

¿Te acuerdas?.. Cuando en la torre
el reloj daba las seis
y florecía el lucero
de los crepúsculos rey,
arrollabas el encaje
ya complacida de ver,
como por manos de hada,
cuajada la greca en él.

Un día, de tantos días
como á tu reja llegué,

trabajando me aguardabas
tras del labrado cancel.

Tus ojos no separaste
del bastidor esa vez;
ni atendías mis palabras,
ni las tuyas escuché.

El dedal era de oro,
las tijericas también,
la aguja de limpio acero
porque más corra al coser.

Muda, afanosa, bordabas
y sentí celos, mi bien:
—Hermoso pañuelo bordas...

—Con él un regalo haré.

—¡Dichoso el que lo merezca!

—¿Lo mereces...? Tuyo es.

En las horas que al descanso
hurtaste por mi querer,
como en el panal la abeja
calaste el bordado en él,
y en los hilos del bordado
fuiste enhebrando tu ser.

Aun conserva tu perfume...
Con amor lo guardaré;
que con él te dije adios
un día al partir el tren;
mi ausencia en él he llorado,

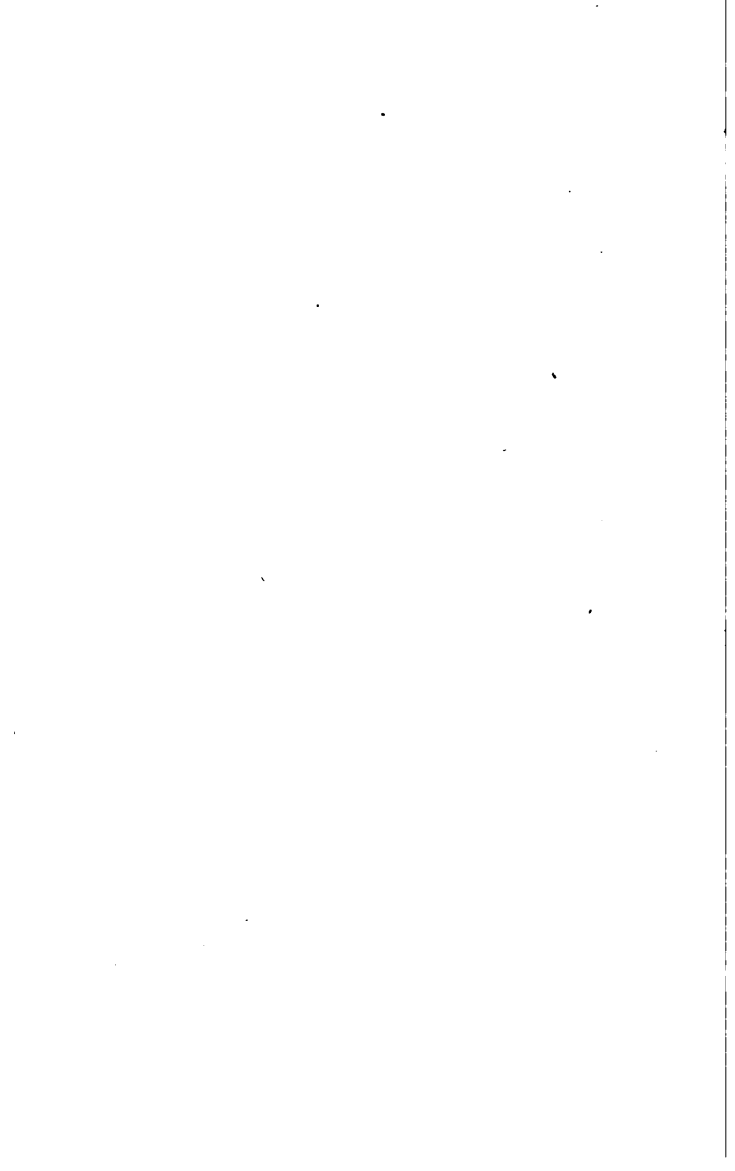
y en verlo sentí placer...
Mientras viva, como prenda
de amor lo conservaré...
¡el sudor de la agonía
que me lo limpien con él!

Hoy que tus ropas de boda
haces, cantando al coser,
como cantando la aves
tejen del nido la red;
en el bordado las manos,
y el alma muy lejos de él,
en tu solitaria celda
pasas los días con fe,
esperando en el mañana,
dando al olvido el ayer;
como el gusano de seda
hila el capullo y en él
su misera vida oculta
para renacer despues.

¡Mi adorada huerfanita,
tú renacerás también!
Te dará el amor sus alas,
podrás el vuelo tender,
tu alma bañarás en luz
y dichosa te veré;
que amor de madre postiza,
ni es de madre, ni amor es;

y como á la *Ceneréntola*
en el cuentecillo aquel,
el Hada de los Amores
al fin te ha de proteger.

MADRID.—1890.





OCTUBRE

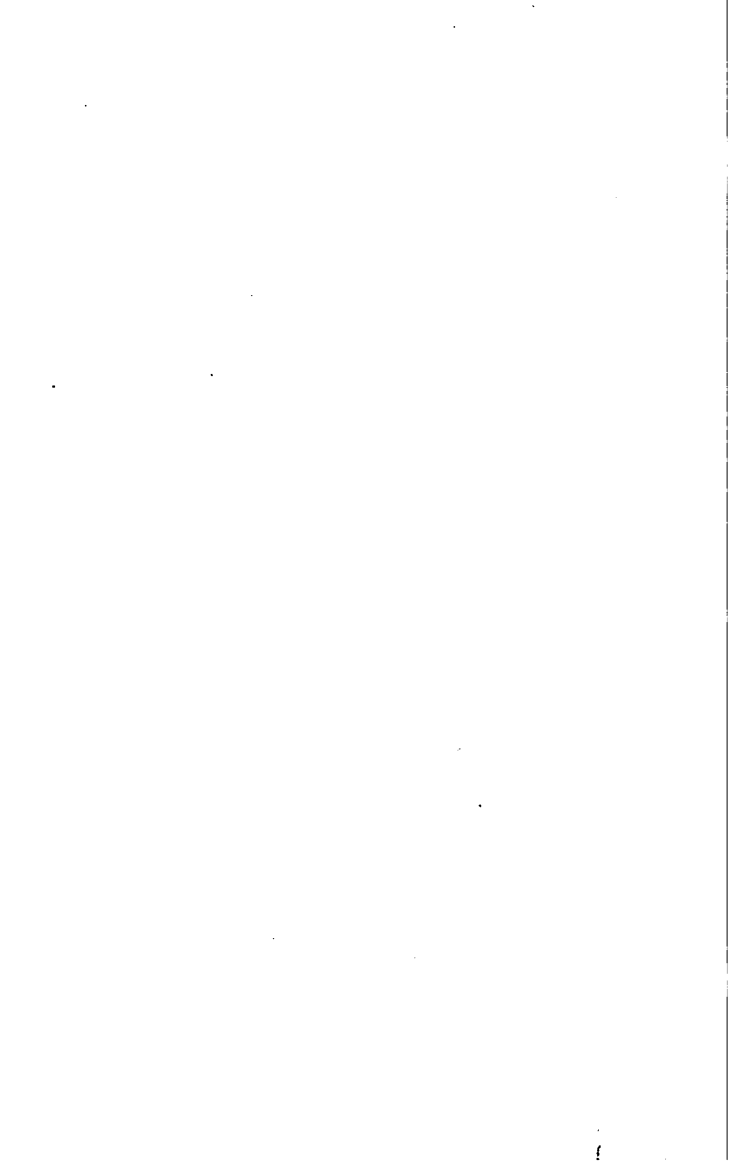
(DE STECCHETTI.)

Muero: canta la alondra
cerniendo el ala en el profundo azul,
y el sol frío de Octubre
clarea y rompe de la niebla el tul.

Sube humeando del arado llano
tibio aliento vital;
muero: canta la alondra, y á lo lejos
brama el novillo en el desierto val.

Vuestra púrpura alegre
clavelinas de invierno no veré;
mis carnes se deshacen...
mañana á mi balcón no volveré!







LEYENDA DE PIEDRA

¡Qué claustro gótico tiene
la catedral de León!
Parece un inculto bosque
que allí se petrificó
al poder de un maleficio,
de algun encanto á la voz:
es una selva dormida
de su mismo arrullo al son
y en su profundo letargo
la muerte la sorprendió.

Bañando esos ajimeces,
se entibia la luz del sol
al penetrar la maraña
de su calada labor;
y alumbra en aquel recinto
que el silencio consagró,
la vida y la inercia unidas
en extraña conjunción.
Allí, la salvaje hiedra
que por el muro trepó,

y del muro á que se agarra
toma dureza y color:
allí, columnas los troncos
y cimbrias las ramas son:
allí, el reptil apegado
no esquivo cualquier rumor
entre las hojas de roble
que guarnecen el festón:
allí la estatua yacente
reposa tranquila en Dios...
Ni un ruido, ni un movimiento:
recuerda todo en redor
la de *Los Siete Durmientes*
fantástica narración.
Hasta las últimas pláticas
que aquel paraje escuchó,
quizá murmurando historias
de la ciudad de León,
parece que allí dormidas
quedaron como un rumor
y la piedra en geroglíficos
grabadas las conservó,
cual si al vibrar en el aire
los sonidos de la voz
se concretase en relieves
la ondulante vibración.

En escultura informe, de ese claustro
ciñendo un capitel,
entre varias, labró una amarga historia
anónimo cincel:

La noble castellana, del castillo
huye con un juglar,
y á la boca de un mónstruo, del pecado,
los dos van á parar.

Quizá el juglar infame es un tercero
en la historia de amor,
y sedujo á la dama codicioso
del premio del señor;

porque tambien labró el bárbaro artista
la figura de un rey,
y Satanas dictándole al oido
de la pasión la ley.

Más allá, departiendo ya de amores,
como Iseo y Tristán,
bajo un árbol florido, los amantes
á su sabor están.

Y la pasión por la pasión vengada
al fin se deja ver;
que un hombre, el ultrajado en aquel lance,
degüella á la mujer.

Ya he descifrado el sueño que el artista
soñó en la realidad;
con lengua muda narran esas piedras
los vicios de su edad.

Con ellas el rabino apedreaba
la adúltera en Sión,
y el cristiano cincel predica en ellas
ejemplo y corrección.

Pero hasta el día, desde aquellos tristes
del tiempo medioeval,
cotidiana es la historia que conserva
la vieja catedral.

Hoy un primor sería ese relieve,
que el arte progresó:
¡si en el arte los pueblos avanzaron,
en las costumbres no!

Y el corazón humano es más rebelde,
que el áspero sillar,
si en él pretende la razón severa
sus leyes modelar.

¿Porqué la forma á lo perfecto alcanza,
y visto á su través,
el fondo amargo de la vieja historia
el mismo siempre es!

LEÓN.—1887.





ARACELI

I

En esa lidia perdurable y cruda
que riñen vida y muerte,
sombra y luz, bien y mal, verdad y duda,
el débil con el fuerte;

un día Satanás, con vano anhelo,
batió su ala gigante,
y con inmundo polvo el sol del cielo
oscureció un instante.

Ciega en la sombra, multitud ignara
de Dios olvidó el nombre,
del templo del Señor profanó el ara
y entronizó allí al hombre.

Que la plebe rahez su loca orgía
llevó al templo cristiano,
y donde el ascetismo lloró un día
ríe el genio pagano.

¡Y aunque ya no se ven del culto extinto
imágenes ni altares,
aun dicen que fué templo aquel recinto
su nave y sus pilares!

La escena allí donde el altar estaba
levántase arrogante;
en donde el sacerdote consagraba,
hoy danza la bacante.

Y ebrias turbas aplauden allí, ufanas,
con frases á impudor provocativas,
las danzas que por torpes y livianas
reprendió Juvenal en las lascivas
mozuelas gaditanas.

II

Gaditana es Araceli
y es, porque ella es gaditana,
griega escultura su cuerpo
y un cantar gitano el alma.

Es una estatua de bronce,
pero una estatua animada:
de bronce por el color,
por la gallardía estatua.
Y aunque su faz es morena,
resplandecen en su cara
los ojos, vertiendo en ella
lumbre de luz meridiana.

Como Luzbel su hermosura
y cual Icaro sus alas,
pierde la mujer caída
el esmalte de sus gracias.
Y si hermosa es Araceli,
hay en su belleza rara
mezcla de ángel y demonio
en íntima unión y extraña;
la maceración del vicio
que impresa lleva en su cara;
sombras con la luz cernidas;
algo siniestro que espanta;
¡el beso con que la muerte
elige á sus desposadas!

Pero mientras anochece
por momentos en su alma,
y mientras viste de luto
Sevilla en Semana Santa,
ella canta, bebe y ríe,

en vertiginosa danza
á la rueda del placer
por la inercia encadenada.

Blancas flores en su pelo
y en la nuca derribadas;
rojo mantón de Manila;
y bajo la hueca falda
asomando en la penumbra
lindos zapatos de grana:
vedla allí sobre el tablado
entre la gente del hampa,
vedla bailando al compás
de la española guitarra;
vedla: con sus pies dibuja
la música cuando baila.

III

Erguida la frente,
la boca risueña,
sus párpados flojos
en grata indolencia,
devanando á compás con sus brazos
en el aire invisible madeja,
sin moverse ni un punto de un punto,
ondula su cuerpo como una culebra.

*
* *

Ya por el amplio tablado
á danzar en ronda empieza,
á un lado y al otro lado
su escultórica cabeza
gira mirando hacia atrás,
y acompaña su paseo
con rítmico taconeo,
mientras con arte y destreza
de la guitarra el rasgueo
va marcándole el compás.

*
* *

Ora ya de nuevo
promedia la escena,
batiendo las palmas,
reposada bailando al son dellas,
moviéndose entonces
con lascivo rodar de caderas
y á la vez sus ojos
negros, centellean
cual si del demonio del amor la niña
fueer una posesa.

*
* *

La guitarra entonces
su compás abrevia,
y centuplicando la voz armoniosa

de sus dobles cuerdas,
que la anima en la danza parece
y la invita á mudanzas en ella.

Como al soplo del viento la llama
se aviva y alienta,
tal el nuevo raudal de armonía
enardece á la hermosa mozuela.

En vago estrabismo
sus miradas vacilan inciertas,
y se transfigura como una vidente
que ríe y que sueña, .
vibrando sus lomos
con salvaje nerviosa cadencia,
como el aguanieve sus plumas sacude
cuando las ventiscas sus rondas alejan.

*
* *

Llegó ya al delirio
la gallarda gentil bayadera,
y parece entonces
que en el trípode sacro dispuesta
es la Pithonisa del amor mundano
y ocultos misterios al vulgo revela.

*
* *

Ebrio de entusiasmo
el concurso la aclama por reina
con aullidos de júbilo agrestes
que el espacio atruenan,
como turba de infames Silenos
ululando en sabática fiesta.

*
* *

A sus pies arrojan
oleadas de vino en la escena,
del dorado aromoso Montilla
las cañas sin cuenta.

Una toma la niña en su mano,
la cubre con ella;
acercándola luego á su pecho,
en él la golpea,
la corona de pálida espuma,
la bebe y se sienta.

*
* *

Teñía ya el alba
con luz fría las altas vidrieras,
y Jesús avanzaba en la calle
con la cruz á cuestas.

IV

La actual generación marcha en la vida
tan apegada de la tierra al limo;
de tal modo respiran hoy los pueblos
la atmósfera del viejo paganismo,

que al ver al Nazareno que, encorvado
bajo la cruz, y en su martirio mudo,
avanza en nuestras calles, nos parece
que vuelve Cristo á redimir el mundo.

Llega la procesión. Jesús en ella
ábrese paso entre la inmensa turba,
que si ayer la fe allí la congregaba
es la curiosidad quien hoy la agrupa.

¡Aún hay almas piadosas que, fervientes,
lloran al ver pasar el Nazareno!
La tristeza del rostro de la imagen
parece que les dice en su silencio;

«Hijas amadas de Salem: el llanto
dejad, y no lloréis por mi martirio...
Llorad, y llanto amargo, por vosotras,
llorad por vuestros hijos.»

Jesús detiene el paso en su jornada,
las romanas centurias le rodean,

y sucede al plañir de los salmistas
el lúgubre clangor de las trompetas.

Aún en la lengua el amargor del vino,
cansado el cuerpo en la lasciva danza,
en medio de las lividas figuras
de rufianes y alegres camaradas,

embozada en su chal está Araceli
bajo el dintel del profanado templo;
su mirada perdida en lo infinito,
como una estatua rígido su cuerpo.

O bien la compasión movió su alma,
de Cristo al ver la dolorida imagen,
ó en el puro cristal de aquel espejo
sintió horror de sí misma al contemplarse.

¡Quién sabe cómo fué! Pero Araceli
con desusada unción postróse en tierra;
atraída por Cristo sintió el alma,
y el alma le mandó en una saeta:

*«Vela ay! por onde viene,
la misma que yo buscaba,
con un cántaro en la mano,
la beya Samaritana.
Samaritana, te ruego
que del agua quieras darme,
y el Señor te dará el premio.»*

En lágrimas sus ojos se inundaron,
¡la vez primera que al cantar lloraba!
y la bíblica historia renovóse
de la mujer de Magdalo, en la plaza.

Alma al fin de mujer, y así más hecha
á sentir que á pensar, hirió sus ojos
la fe, que dando vida á una escultura,
iluminó de un alma el negro fondo.

Desde sus andas de oro el Nazareno
fijaba en ella esa mirada vítrea
en que el gran Montañés reflejar pudo
la amargura de un alma dolorida;

desde sus andas de oro el Nazareno
parecía decirle con mirarla
aquella frase de perdón sublime:
«Véte en paz; que tu culpa es perdonada.»

El ojeroso amante de Araceli,
que la observaba en actitud truhanesca,
de su raro fervor haciendo escarnio,
al oído le habló de esta manera:

«Anda, y déjate ya de esos responsos;
tu boca es miel cuando un tanguillo canta,
adentro, mientras pasa el gori gori,
nos vamos á apurar la última caña;»

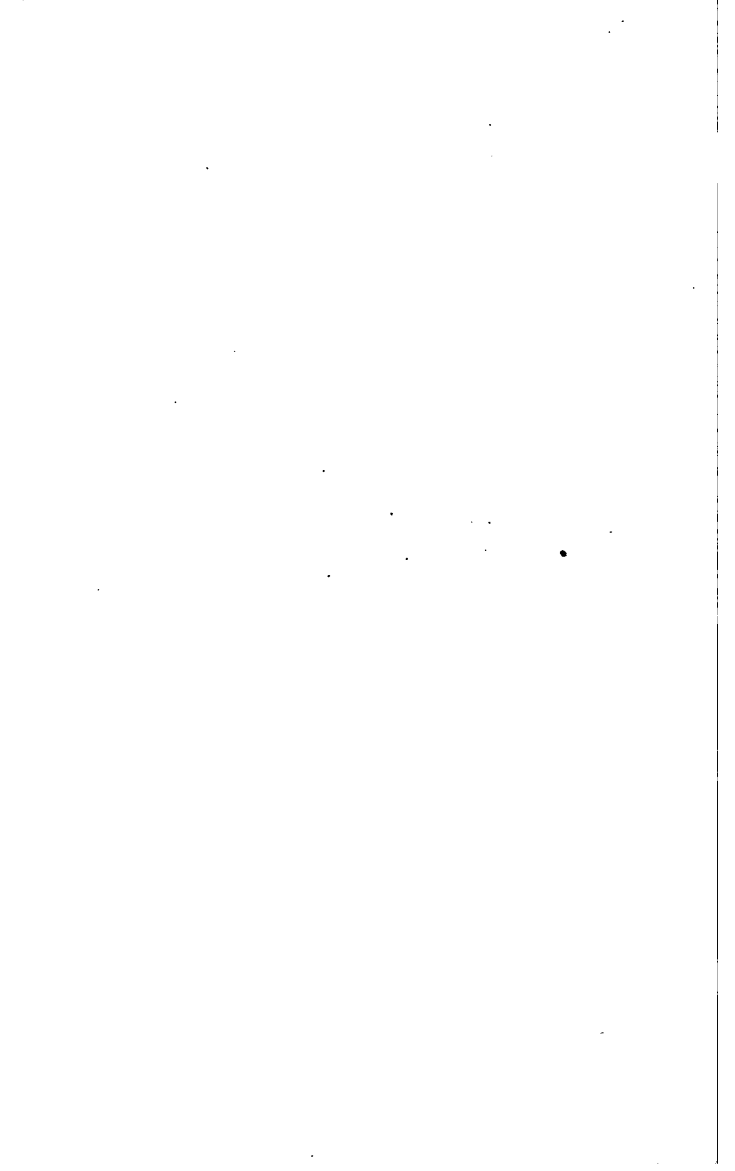
Ella no contestó. Siguió llorando
con los ojos clavados en el suelo;

y del truhán en la rajada boca
Satanás sonreía con despecho.

«Miserere,» cantaron los salmistas;
pasaron lentamente en doble hilera
los penitentes con su negro sayo;
desgarraron el aire las trompetas;
y Jesús Nazareno, en la ancha plaza
siguió marchando con la cruz á cuestas.

SEVILLA.—1886.





DON NUÑO DE RONDALIEGOS



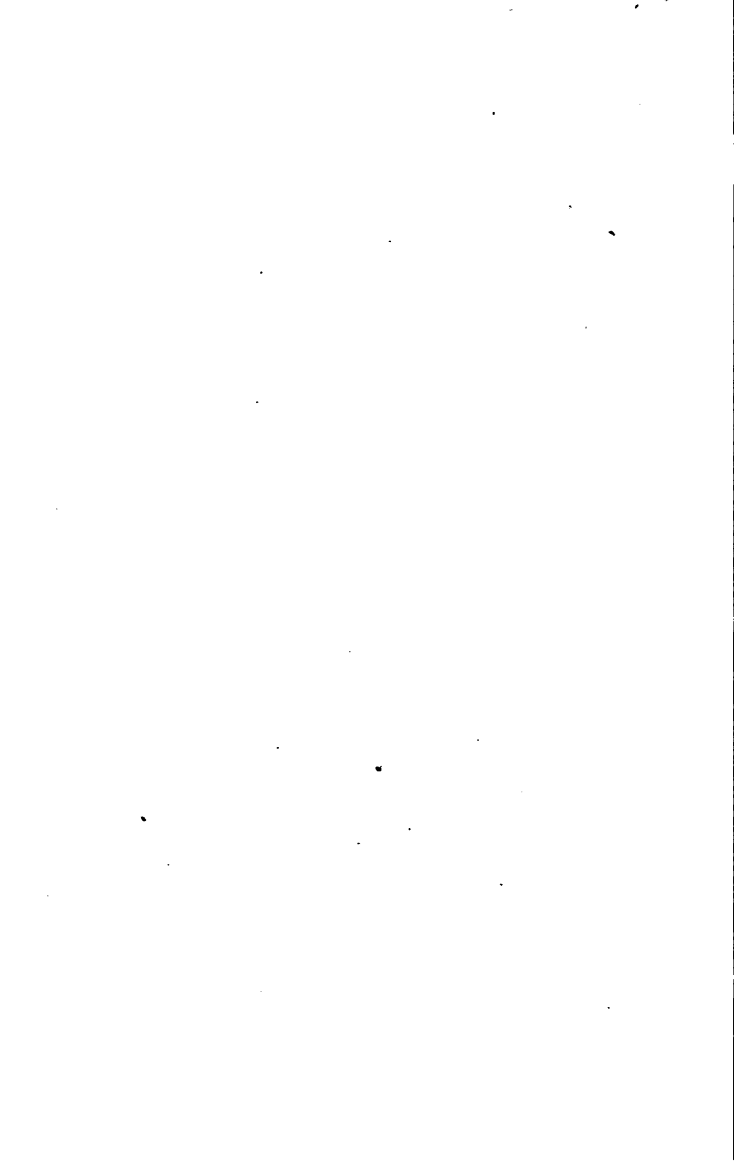
Á LA MUY FERMOsa, GARRIDA É APUESTA DAMA
XIMENA DE QUIÑONES É OSSORIO QUINTANILLA.

Confio en que á mi dar heis la uessa fermo-
ssa mano para que la bese, ca es mi volun-
tat á vos demandar parcimiento en tal manera
por ossar enderesçaros estas mis coplas, atan
mal trouadas é asaz mal polidas; é si como
anssi son, foeran en buena guisa fechas, perdon
otrossi uos pedir hia, si quier foese por tomar
plasçer besando uessa mano de jasmincs.

Non cuido sea atal la mi astrossya que des-
dennossa non acetey s este omilde acatamiento
de vn uesso seruidor.

Sy por mi buena estrella fallassen estas mis
menguadas endechas gracia á uessos ojos, la
que auer poedañ á uos es deuida. Ca uos para
mi sodes la castellana de Val-frido.

EL LICDO. JOHAN MENENDES PIDAL.





DON NUÑO DE RONDALIEGOS

Aquis conpieza la fabla que fizo Johan Menendes Pidal, et en la cual es relatado de como el buen cauallero D. Nuño de Rondaliegos se topó con la *hueste* al tornar de la guerra, e quando se iua á los palacios de su bien amada Dosinda para la requerir d' amores et se casar con ella.

TROUA

Mientra uos, noñres poncellas,
mas fermossas e mas bellas
que jasmines,
á quienes catan onor
en las *Cortes del amor*
et los festines;
e uos, complidos garçones,
que ferides coraçones

con miradas,
como en los rieptos matades,
ca ualientes gobernades
las espadas:

Mientra qu' en ricos manteles,
nobres damas et donçeles
bien prouados,
yantades uiandas sabrossas,
fablando con las fermossas
namorados;
e mientra qu' abondos uinos
que fieruen en uasos finos,
escanciais entr' algaçaras
sin cordojos,
fasta que brillan los ojos
mas que non las almenaras;

Yo aqui del rincon escuro
deste muro,
tanner he la bandolina;
e a los que soys d' amor ciegos,
¡fiera cossa!
trouar he uos mas aina
del sennor de Rondaliegos
una fabla muy sabrossa.

E por gualardon uos pido
solamiente, cossa uana,
beber d' ouiere bebido

la fermossa castellana
de Val-frido.

Sy os plasçieren los oantares
del trouera namorado,
dalde, ca en uesos yantares
cantar deue,
dalde el cangilon labrado
do la castellana bebe...

¡Por su gracial! ¡Dios la guarde
con uentural...

Ya en mi pecho l' amor arde;
trocosse ya la tristura
por contento,
e caldos mis labros sientu.

¿Quien non topa fuego 'n ellos
de contado,
desque el uino ouo catado
do pusso sus labros bellos?

Trouadores:

sy cantar quereis d' amores,
yo uos pido
solamiente, cossa uana,
bebays d' ouiere bebido
la fermossa castellana
de Val-frido.

COMIENÇA LA FABLA

Ya auie el sol fenescido,
la luna querie asomare;
oriellicas del Nalon,
esse rio tan cabdale,
penssoso marcha don Nuño,
muy penssoso por demase,
c' asaz tyempo fa qu' absente
estouiera por su male
de la fermossa Dosinda,
la fija del conde Thagle.

Tornaua de luengas tierras
de con moros peleare,
lembrándose d' aquel tiempo
en que solie ruare
los palacios de su dama
para d' amores fablare;
d' aquellas pláticas tiernas
con que la foe requestare,
amor que su alma sentie
por el su apuesto talante;
del dia en que se partiera
quando amoroso et leale,
en tierra el lançon fincado,
cauallero en su alaçane,

hy le jurara por Dios
et Sancta Maria su Madre,
de non le falsar la fe
que prometido le hae,
magüer que al mandado foera
del su sennor naturale;
et en su adarga avie escrito
en proeua de uien amare,
un mote qu' ansi desçie,
en letra fecha con sangre:
«Non caue myedo nel pecho
que pleno d' amor estae.»

Atales cossas coidando,
fue una casa diuisare
qu' está al pie d' una montiña,
qu' al pie d' un montico estae.
Sonaua hy un atambor,
un atambor redoblare;
e asmando el buen cauallero
qu' aurie fiesta et dançare,
fincó açicates al potro
e cedo, e non de uagare,
uase para do escochara
aquel atambor sonare.
Las puertas fincan cierradas,
finiestras otro que tale,
e adentro solo s' ascucha

quedo, muy quedo sonare,
tun, tucu-tun, tun,
tucu-tun, tun,
el atambor redoblaré.

Con el cuento de la lança
en la puerta fue llamare,
e así fabló el cauallero,
bien oiredes que dirae:

FABLA EL CAUALLERO

Queraisme abrir, los pecheros;
pecheros, abrir queraisme,
ca un donçel uos lo demanda
que quiere uusco dançare.
Fadigado de carpir
e de la lança tomare,
oy quiere dar al su cuerpo
un apasçiente solaçe.
Ni una palabra á don Nuño
nadie non foe á replicare.
Las puertas fincan cierradas,
finiestras otro que tale,
e adentro solo s' ascucha
quedo, muy quedo sonare,
tun, tucu-tun, tun,
tucu-tun, tun,
el atambor redoblaré.

TORNA Á FABLAR EL CAUALLERO

Traidores sodes, pecheros;
traidores, e aun mas couardes,
ca non franquaedes las puertas
a quien lo foe á demandare.

Si non abrides agora,
juro uos yo por mi padre
de non solo abrir las puertas,
sino otrossi vuessas carnes;
e si nupcia, o siquier boda,
fuere lo que celebrades,
yo afruentar he la poncella
como a ramera vulgare.

Ninguno dió al cauallero
responso del su fablare;
las puertas fincan cierradas,
finiestras otro que tale,
e adentro solo s' ascucha
quedo, muy quedo sonare,
tun, tucu-tun, tun,
tucu-tun, tun,
el atambor redoblare.

Puso el lançon en la cinta,
et furioso por demasse
don Nuño, de bascas pleno,
acuciando a su alaçane,

arremetió con tal fuerça,
que las puertas fue arrancare.

Sola fincaba la casa,
la casa está en soledade,
sin cubril que la guaresca,
c' albarradas hay non mase,
et pryetas quemadas bigas
que la luna va alumbrare.
Ya non soena el atambor
qual antes solie sonare,
et todo yaz silencioso,
e don Nuño mudo estae,
ca non saue que desçir,
que desçir de cossas tales.
Entendió del Enemigo
foeran amannos non masse,
para entollescer su via
et por de él se burlare,
e dando espuelas al potro,
començose a sanctiguare,
et la peñosa vereda
siguió cantando un romance
que cantar oyera antaño
en su palaçio a un joglare.
Mas apena el cauallero
començó de caminare,
otra vegada se oyó

quedo, muy quedo sonare,
tun, tucu-tun, tun,
tucu-tun, tun,
el atambor redoblaré.
E allá luenne, muy aluenne,
don Nuño foé a columbrare
abondas luçes en hila
amortescidas brillare.
Coidó qu' alcándoras foeran
d' algunt castiello sennale,
e mient.s non paró en ellas
qual cossa de despreciare;
mas al cabo d' una pieça,
vido contr' el caminare
por entr' una angosta via
d' álamos et robredales,
luenga hilera de pantasma
que unos en pos d' otros uane;
todos lleuan blancos cirios
e visten blanco sayale;
todos vienen silenciosos,
todos andan de vagare,
e a las vegadas s' ascucha.
quedo, muy quedo sonare,
tun, tucu-tun, tun,
tucu-tun, tun,
el atambor redoblaré.

Recojió riendas don Nuño,
retornando á sanctiguarse,
e segunt qu' es ordenado
foe a requerillos atale:

REQUSTA DON NUÑO Á LOS PANTASMAS

En nomme de Dios del cielo,
yo quiero uos pescudare,
ánimas, duendes ó tragos,
o quienes quier que seades,
que querais a min desçir
que pedis o a quien buscades.
Ellos, como quien no entiende,
siguieron sin le mirare.
¡Vive Dios! que yo uos fio
si non vais á replicarme,
ánimas qu' en pena sodes,
o miserables joglares,
quienes quier fueredes uos,
que mal lo abredes passare;
les dixo, é cerró con ellos
en tal guisa e con tal arte,
qu' a no auer sido pantasma
l' ovieran passado male.
Todos fuyeron qual sombras,
ninguno non foe a quedare,

dexando al desapareçer
un odor muy singulare,
otra vegada tornaron
mas lontano á divisarse.

Uien uezado era don Nuño
a sin myedo en lidia entrare;
pero en dias de sú vida
non viera cossas atales;
e ansy, de cordojo pleno,
fuyó tambien por su male.
Quanto mas don Nuño corre,
van ellos mas de vagare;
siempre viniendo hacia él,
siempre á sus ojos estane;
siempr' oyendo á las vegadas
atal atambor sonare.

Ya cata en somo una penna,
con las ánsias de llegare
el palacio de Dosinda,
la fija del conde Thagle;
mas vido apos otrosi
la procession hy vagare.
Siete veçes lo rodean,
¡siete veçes por su male!
Don Nuño tuerce la via,
e al so castiello se vae,
d' atan estrannas visiones

para mejor se celare.

El cavallo de correr
ya fadigado se hae,
e por sus labros arroja
espuma mesçida en sangre,
e acoitado el cauallero
non sabe ya por do vae;
mas los de los luengos mantos
siempr' á sus ojos estane;
don Nuño correr, correr,
ellos siempre de vagare.

Esora el buen cauallero
so castiello foe a topare;
e quando iva a entrar en él,
todos vanle a rodeare,
e a compas del atambor
todos dançan un dançare,
dançan la dança temblona
para mas le congojare,
e con los sus ojos hueros,
e asaz mala voluntade,
remirandole de gancho
tremar façen las sus carnes,
qu' a miradas en tal guisa
palidesçiera Roldane.
Ya le miran, ya le miran,
mas non lexan el dançare,

cedo, cada vez mas cedo,
solo se va á divissare
un aro de luz lusçiente
que non fa si non girare.

Ellos en aquesto estando,
con el talon foeran dare
en el suelo, e por la nuues
el aro uiose rodare,
siempre creciendo, creciendo;
apos començó a menguarse,
et cayendo, de don Nuño
al cuello se foe a agarrare,
e los ojos le cegaba,
e le afogaba la sangre.

Voçes daua el cauallero
que al cielo querien llegare,
e amortescido cayose
del so castiello al umbrale,
de donde lo levantaron,
perdido el sesso, sus pages.

*
* *
*

Muy de mañana a otro dia,
don Nuño foe a despertare,
llamando a sus servidores
que vestir le quieran dare;

e desde fecho l' ovieron,
mas legiero que no 'l ayre,
foese para los palaçios
donde su Dosinda estae,
la sennora cuyo él es,
la fija del conde Thagle,
por la fe al partir jurada,
complirle como leale.

Topola... en somo del lecho
finada ya por su male;
arreada de albos pannos
que daua pena mirare;
demudada la color,
el su rostro blanco estae,
mas que non la blanca cera
qu' ardia por la velare.

¡Dyz que d' amor e tresticia
finara la noche antes!

Cient poncellas la plannian
et su padre mucho mase...

Vierades hy al cauallero,
plorando con grant pesare,
por la su coita embargado,
desta suerte voces dare:

¡Quien dixera, mi sennora,
qu' aurie de uerte atale!

Mas me valiera auer muerto

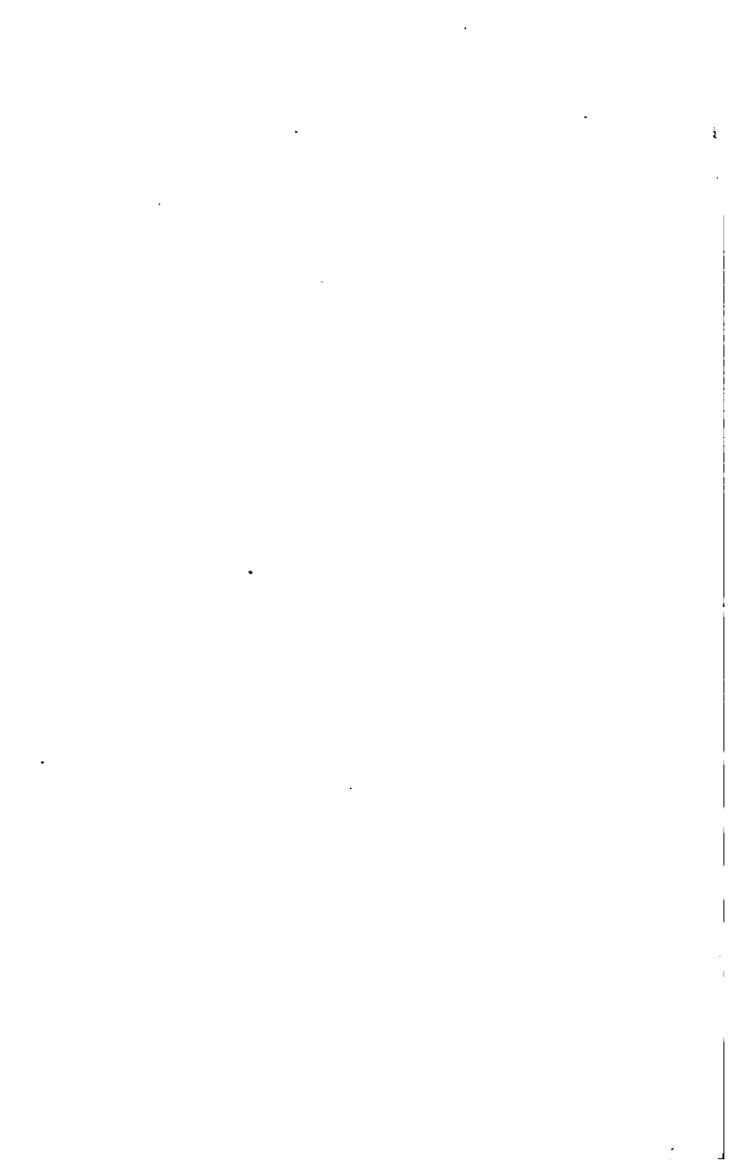
face tiempo en lit campale
por una mala lançada
d' algun perro mussulmane,
ca ansi, sin los tus amores
non viviera ny un instante.
Ya non volver he en mi vida
tus palaçios á ruare,
nin saldras tú á la finiestra
tus coitas a me contare,
nin me cenxir has la espada
al partir ya nunca masse.

¡Bien mi pecho lo desçia
coidando tan grant pessare.
Siete vueltas los pantasma
foeron tu palaçio á dare;
siete vegadas mi pecho
quiso de dolor quebrarse!...

Plorando siguió don Nuño
e aun asmaba d' ascuchare
luenne, muy luenne el tambor,
el atambor redoblare.

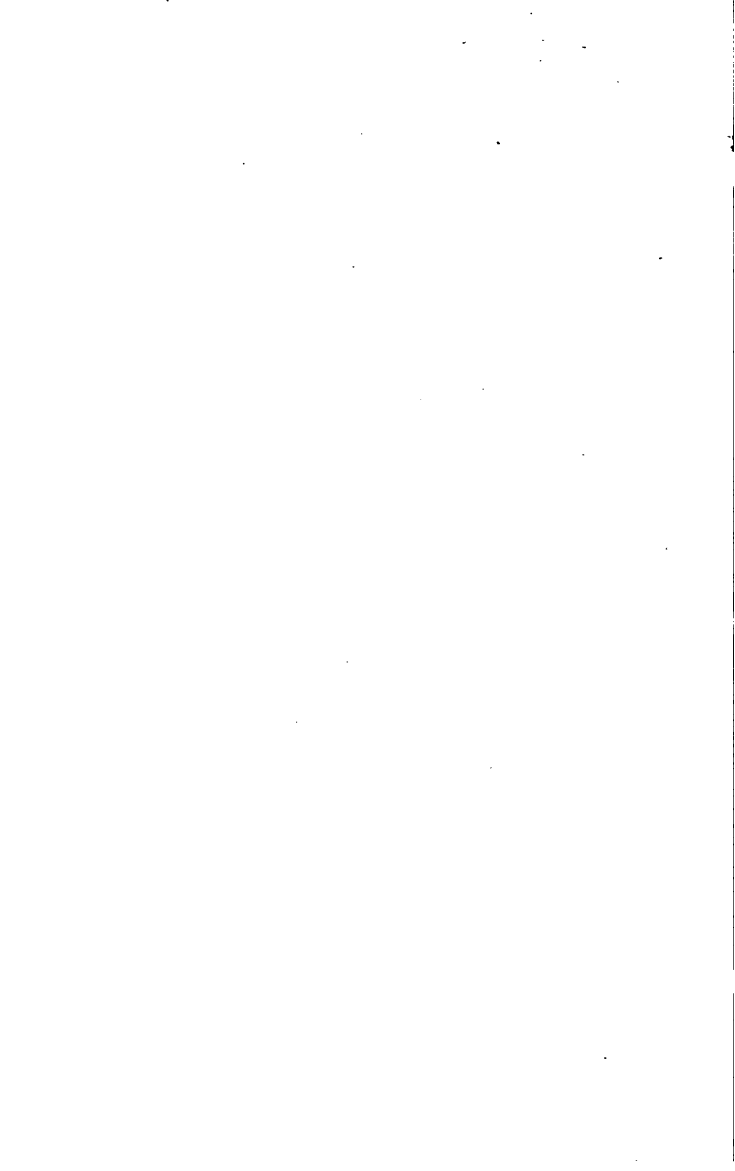
LAUS DEO

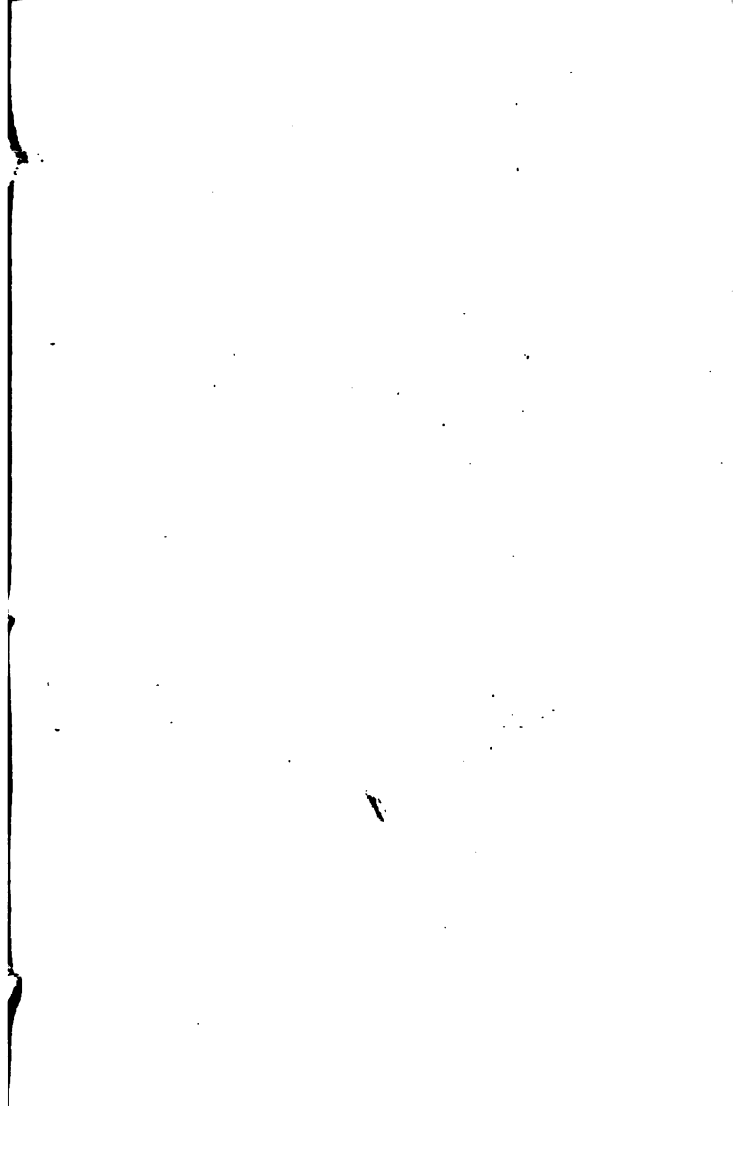




ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.	III
Algo de prosa	V
¡A-la-lál	1
Salmo de amor.	9
La noche de San Juan.	13
Crepúsculos.	19
Noches de Córdoba.	25
La primera lanza	33
Nostalgia.	41
Canción del alma.	47
Lux æterna.	49
El romance de las nieblas	57
Cantiga serrana.	71
Ceneréntola	83
Octubre.	89
Leyenda de piedra	91
Araceli.	95
Don Nuño de Rondaliegos	109





OBRAS DE JUAN MENENDEZ PIDAL

POESÍA

El Conde de Muñazán (Leyenda).

Don Nuño de Rondaliegos. Romance en castellano antiguo (Edición arcaica).

A-la-lá.

PROSA

Dios y el César.—Estudios de derecho público eclesiástico.

Poesía popular.—Colección de los viejos romances que se cantan por los asturianos en la *danza prima, esfozazas y filandones*, recogidos directamente de boca del pueblo, anotados y precedidos de un prólogo.

